LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 30 DE DICIEMBRE DE 1889 — NÚM. 418

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA MANZANILLA, cuadro de Francisco Masriera, grabado por Bong

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *El palacio de la Alimentación. Los jurados (Exposición de París)*, por T. de W. – *Nihil novum sub sole*, por D. Leandro Ordoñana. – *El club en Londres*, por Felipe Daryl. – *El tranvía del Este*, por D. F. P. y Arsuaga. – *Un metal nuevo*, por D. José Rodríguez Mourelo. – *Estado de la poesía francesa en* 1889, por Teodoro de Banville. – *Una dedicatoria*, por Claudio Couturier. – *Los modelos*, por D. A. Danvila Jaldero. – *La ciencia en el teatro.*

Grabados. – *La manzanilla*, cuadro de Francisco Masriera. – *Mendigo*, dibujo de A. Fabrés. – *Invierno, primavera, verano otoño*, dibujos de F. Urgellés de Tovar. – *Buffalo Bill.* – *La fuente de la torre Eiffel.*

NUESTROS GRABADOS

LA MANZANILLA
cuadro de Francisco Masriera, grabado por Bong

Una guitarra, una chaqueta de torero, una caña de manzanilla y una hermosa maja, es decir: la música popular de nuestra tierra, el espectáculo nacional de nuestro pueblo, el vino que alegra nuestras típicas *juergas* y la belleza indígena de nuestro suelo, orgullo de propios, admiración de extraños y encanto de todos. El cuadro *La manzanilla*, resulta una joya artística, un tesoro de gracia, un modelo de género español dibujado con corrección y elegancia irreprochables y pintado con la brillantez de colores que ya es proverbial en Masriera.

MENDIGO, dibujo de A. Fabrés

Con su nuevo dibujo justifica Fabrés una vez más los elogios que en distintas ocasiones hemos tenido el gusto de prodigarle y que por no incurrir en repeticiones no reproducimos ahora.

La figura de su mendigo es por demás interesante: su venerable rostro, bajo cuyos cerrados párpados se ocultan unos ojos sin vida, inspira respeto y lástima profunda, porque á falta de otra tiene la melancólica expresión del que vive condenado á la más terrible de las tristezas, á la oscuridad eterna, y los que tenemos la dicha de extasiarnos ante las prodigiosas bellezas de la creación, no podemos menos de estremecernos al pensar en los martirios del que se ve privado de gozarse en la contemplación de tantas maravillas.

INVIERNO, PRIMAVERA, VERANO, OTOÑO
dibujos de F. Urgellés de Tovar

Las inspiradas poesías que acompañan á los dibujos de nuestro distinguido colaborador nos relevan de entrar en explicaciones de estas composiciones bellísimas, llenas de sentimiento y ejecutadas con verdadero amor.

¡Qué podríamos decir nosotros para describirlas que no lo digan infinitamente mejor las armoniosas estrofas del Sr. Chaves!

BUFFALO BILL

La presencia en Barcelona de la compañía que dirige el intrépido coronel Cody, más conocido con el nombre de Buffalo Bill, y el interés que sus nuevos y arriesgados ejercicios ofrece, nos han movido á publicar la lámina que en su lugar reproducimos y á consignar en esta sección algunos datos acerca de la personalidad del director y algunos detalles sobre el espectáculo.

Buffalo-Bill (ó sea Guillermo el Búfalo, sobrenombre que se le dió á causa del número considerable de búfalos que mató durante su accidentada existencia de cazador y de jefe de exploradores) es de elevada estatura, de musculatura de acero, mirada franca, rostro bondadoso, cabellera larga flotando sobre sus espaldas, gracioso, esbelto y elegante: en suma, un cumplido caballero.

Dueño de una gran fortuna, miembro del Parlamento á donde le llevaron los sufragios de sus compatriotas agradecidos á los inmensos servicios que les había prestado, concibió el coronel Cody la feliz idea de reproducir en todos sus aspectos, con la más escrupulosa exactitud, la vida original y peligrosa de sus compatriotas del Far-West y las luchas que hubieron de sostener con sus implacables enemigos, los pieles rojas, y asociado con M. Note Salsbury, eminente actor americano, y con M. Crawfort, renombrado escritor y periodista de gran talento, ha podido ver realizado su proyecto organizando una compañía completa y presentando un espectáculo cuyas principales escenas reproduce nuestro grabado, en donde, además, se ven los retratos del coronel y de *Camisa encarnada*, jefe de los salvajes.

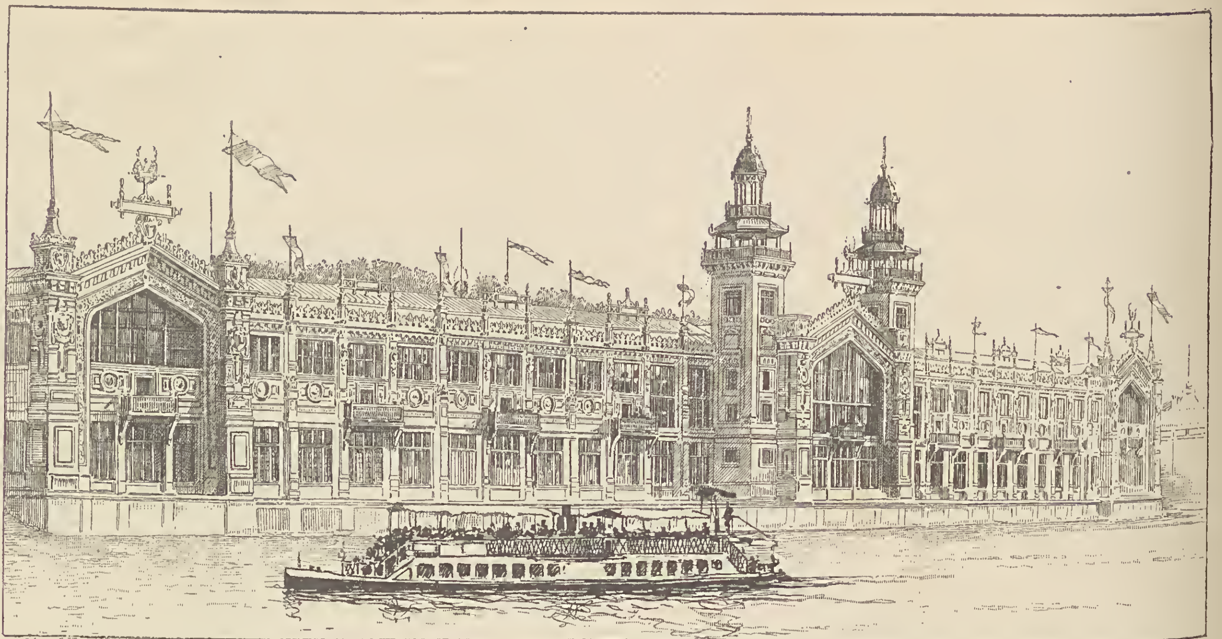
El cambio de caballo es un episodio del sistema de correo tal como se hacía en aquellas inmensas llanuras americanas antes de que por ellas circulara la locomotora; la captura de los caballos salvajes y de los búfalos por medio del lazo es uno de los cotidianos ejercicios de esos cow-boys en cuyas manos es el lazo un arma tan terrible como el rifle: finalmente las danzas de los pieles rojas simulan cazas con arco y flecha y encarnizados combates en los que los gritos más estridentes desempeñan un papel tan importante como las armas mismas.

La reproducción de estas escenas constituye un espectáculo extraño y original que interesa y sorprende. Con tales elementos y con la manera admirable cómo los ejercicios se ejecutan es natural que Buffalo Bill y su compañía hayan obtenido extraordinario éxito en todas las ciudades en donde hasta ahora han trabajado.

LA FUENTE DE LA TORRE EIFFEL

No nos encargaremos de hacer la descripción de esa obra, que no es en realidad brillante, y mejor será reproducir la más corriente, que dice así: «Sobre un gran pilón, cuatro figuras prolongadas, en actitudes que recuerdan el estilo de Miguel Angel, representan los cuatro puntos cardinales: en el centro, sobre un globo terrestre medio oculto entre nubes, la Noche está echada, tratando de retener al genio de la Luz, adolescente que empuña la sagrada antorcha; y debajo se ve el genio de la Verdad, con un espejo en la mano, sumido entre sombras. Es la noche que domina al antiguo mundo, meciendo á los hombres con sus engaños; pero el día nace sobre el mundo nuevo.»

No se comprende muy bien la propiedad de esta alegoría trascendental en una fuente destinada tan sólo á refrescar el aire, formando perspectiva. La más simple lógica exige que los accesorios decorativos se hallen en relación con el objeto á que se aplican. Por lo demás, esa fuente, singularmente inspirada por la tumba de los Médicis y las manoseadas fantasías de Carrier-Belleuse, no se presta bien á los juegos de agua, y parece por sus disposiciones generales el ensanchamiento desmesurado de una bandeja de orfebrería ó de un péndulo de Serres en ramillete.



PALACIO DE LA ALIMENTACIÓN EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1889

EL PALACIO DE LA ALIMENTACIÓN
en la Exposición de París

LOS JURADOS

Había pasado dos horas visitando el Palacio de Bellas Artes de la última Exposición Universal de París en compañía de mi mejor amigo; y tal fué el vago sentimiento de indignación que se apoderó de mí desde que entré en aquel recinto, que al cabo de ese tiempo no pude resistir al deseo de manifestar mis impresiones. Parecíame que la supervivencia obstinada del arte en una época racional en que nadie le necesitaba ya, era un escándalo de los más aflictivos. ¿No nos resignaríamos á reconocer muy pronto que nuestro siglo puede ocuparse en algo mejor que en estimular á los artistas, puesto que cuanto hacen se reduce á una forma anticuada de la civilización, forma que ha dejado de responder á todo hace mucho tiempo? Cuando nos es preciso correr y luchar durante todo el día para que nadie nos aventaje en el gran *steeple-chase* de la existencia ¡cómo obligarnos á pensar en cosas absolutamente inútiles, buenas tan sólo para la época de los *dilettanti* y de los ociosos! No; es forzoso que esto concluya! El arte de hoy no se aviene ya con nada, como no sea con Abelardo, de cuya esterilidad participa.

Pensaba todo esto, y se lo dije á mi mejor amigo, confidente habitual de mis convicciones, y que es lonjista. Ha elegido esta profesión porque ha comprendido muy bien que hoy día era la única que, sin acaparar todo el espíritu, dejaba algún tiempo para las meditaciones elevadas. ¿Cómo ocuparse de cosas que no interesan cuando uno es funcionario público, obrero, soldado ó letrado? Es preciso pensar continuamente en sus propios asuntos, ó bien reposar, reflexionando sobre los venideros. Sólo el lonjista se entrega á la meditación; la casa sigue progresando poco á poco; la mujer procura hacerla prosperar; los dependientes le sirven con las mayores señales de respeto; y mi hombre, teniendo tiempo de pensar, aprovéchale con frecuencia.

–¡Ah! me contestó mi amigo, ¡cómo se conoce que usted es poeta! Todas sus ideas se fijan en un punto, y no echa de ver lo que pasa alrededor. Sin duda ha caído en desuso el arte de que V. habla; pero solamente ese arte, porque es herencia de los tiempos antiguos, y no ha podido adaptarse á las nuevas necesidades de la vida. Ese arte no es el único: junto á él se ha elevado lentamente otro más apropiado á nuestra sociedad moderna. Dice usted que es inútil, y por desgracia se ha de reconocer, en efecto, que el arte de otra época no sirve hoy de nada. El mundo prescindiría muy bien de todos esos hermosos cuadros, de esas estatuas de mármol ó de bronce, y ganaría con ello; pero ¿quién le probará á V. que el arte no puede llegar á ser útil, sin dejar de ser agradable, recreando la vista sin perjudicar los intereses de cada cual? Sígame V.; voy á enseñarle el arte futuro.

Mi amigo me condujo por el arco, en lo sucesivo legendario, de la torre Eiffel, cuya altura me hizo admirar al paso. Una vez en el muelle, nos dirigimos por la derecha, y después de haber dejado atrás el Panorama Trasatlántico se me invitó á entrar en un enorme edificio con una fachada enfrente del Restaurant Húngaro y otra, de deslumbradora blancura, sobre el Sena que le daba cierta semejanza con un palacio veneciano.

– He ahí, díjome mi amigo, el verdadero Palacio de las Bellas Artes modernas.

Habíamos entrado por la parte de dicho restaurant, y por lo pronto ví dos inmensas salas, una á la izquierda y otra á la derecha de la puerta; la primera parecía una fábrica, donde varios obreros hacían funcionar innumerables ruedas, poleas y máquinas de vapor; el conjunto era notable, mas no ví arte alguno.

– Esa fábrica no existe, dijo mi amigo; esto ha sido para V. una ilusion de óptica. A la derecha no hay más que un gran cuadro, pero pintado con tanto genio, que usted cree ver el interior de una fábrica verdadera.

Reconocí que tenía razón: los obreros, las máquinas, las ventanas y el humo, todo esto se había pintado en el fondo de la sala; y debí confesar que los cuadros del Palacio de Bellas Artes no me habían producido una ilusión semejante.

– Pues los cuadros no deben servir para otra cosa, observó mi amigo, puesto que la pintura no ha tenido hasta ahora más objeto que producir la ilusión. Y advierta V. que ese cuadro es muy instructivo, porque representa el interior de una de las fábricas de chocolate que más honran á Francia.

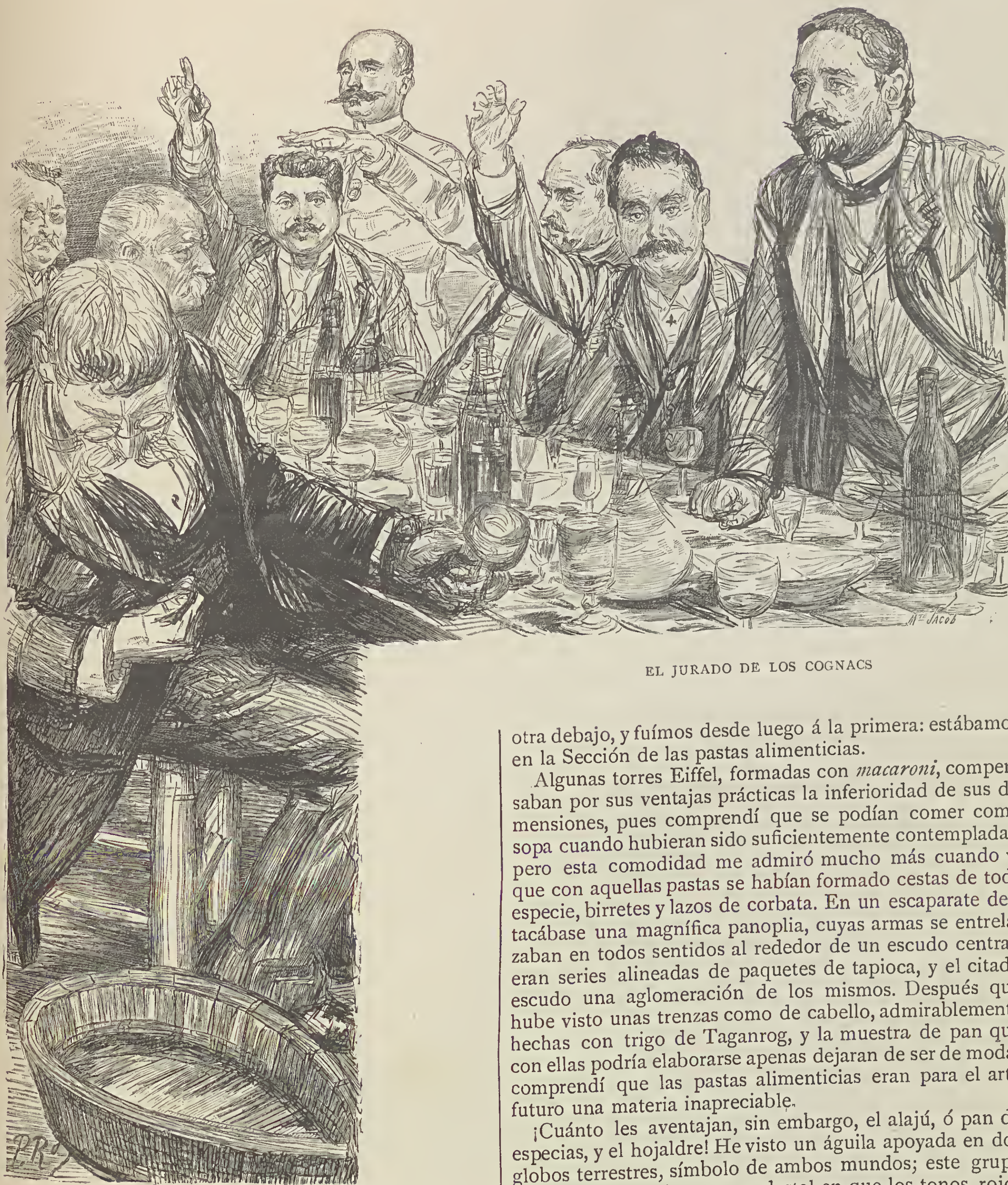
Avanzábamos por la sala de la izquierda, y mi amigo me mostró una colosal cafetera roja, cuyo cañón, muy largo, la enlazaba con otra.

—Ahí tiene V. más arte, díjome mi compañero; el fabricante de alcohol no tenía necesidad de dar esa forma á su retorta, y solamente lo ha hecho para recrear la vista, mezclando lo agradable con lo útil.

Apenas acababa de hablar, fijé la atención en un arco



FABRICACIÓN DE BIZCOCHOS
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS



EL JURADO DE LOS COGNACS

de triunfo, cuyo variado color atrajo mis miradas; los cuatro pies eran de un tinte verde oscuro, con puntos dorados y plateados; la bóveda tenía forma redondeada, y en el centro habíanse esculpido dos hermosas mujeres que invitaban á beber. Los pies se componían de botellas de champaña mezcladas con ramaje, y la bóveda era un gran tonel lleno del mismo líquido, formando el interior del arco otro tonel más pequeño, en el que cualquiera podía sentarse y apagar la sed mediante algunos céntimos.

Desde aquel momento mi amigo no me dijo ya nada: me había convencido.

Continuando nuestra marcha, llegamos á un vasto salón, cuyas paredes ostentaban pinturas al fresco, representando tahoneros, pasteleros y barquilleros, con tal naturalidad, que parecían vivos. ¿Por qué me impresionaron tanto aquellos frescos, y cómo pude apreciar su mérito? Fué sin duda porque mientras los miraba percibí un apetitoso olor de tahona y de pastelería; y era que debajo de aquellas figuras se elaboraban verdadero pan y verdaderos pasteles que mujeres encantadoras se encargaban de vender. La obra de arte se me aparecía bajo su verdadero aspecto y salí de allí comiéndome un barquillo.

La sala que yo acababa de visitar tenía otra encima y otra debajo, y fuímos desde luego á la primera: estábamos en la Sección de las pastas alimenticias.



UN CATADOR

Algunas torres Eiffel, formadas con *macaroni*, compensaban por sus ventajas prácticas la inferioridad de sus dimensiones, pues comprendí que se podían comer como sopa cuando hubieran sido suficientemente contempladas; pero esta comodidad me admiró mucho más cuando ví que con aquellas pastas se habían formado cestas de toda especie, birretes y lazos de corbata. En un escaparate destacábase una magnífica panoplia, cuyas armas se entrelazaban en todos sentidos al rededor de un escudo central: eran series alineadas de paquetes de tapioca, y el citado escudo una aglomeración de los mismos. Después que hube visto unas trenzas como de cabello, admirablemente hechas con trigo de Taganrog, y la muestra de pan que con ellas podría elaborarse apenas dejaran de ser de moda, comprendí que las pastas alimenticias eran para el arte futuro una materia inapreciable.

¡Cuánto les aventajan, sin embargo, el alajú, ó pan de especias, y el hojaldre! He visto un águila apoyada en dos globos terrestres, símbolo de ambos mundos; este grupo dominaba un majestuoso pedestal en que los tonos rojos y amarillos se confundían en mil tintes delicados; el pedestal componíase de cajas de hojaldres, que constituían el color amarillo, y que festoneadas de felpa, variaban á lo infinito las líneas de puntos rojos. Un poco más lejos pude reconocer que los bizcochos servían muy bien para formar rosetones, y que los hojaldres reconstituían admirablemente, sin auxilio alguno, castillos del Renacimiento, bastando así un poco de azúcar y de angélica, con un pedazo de alajú, para representar la Exposición de 1889, el Campo de Marte, las verdes praderas y las damas paralíticas que van en cochecitos.

La Sección de conservas me reservaba otras alegrías, y solamente allí híceme cargo del alto valor artístico de los guisantes, de los nabos y de las cabezas de ternera. Jamás había visto armonía de colores tan diversos ni tan esencialmente estéticos: los montones de guisantes, elevándose junto á otros de cangrejos y langostas, mezclados con cabezas de ternera, confundían sus diversos tonos; mientras que los manojos de legumbres, reproduciendo en pequeño el mismo efecto del kaleidoscopio, impresionábanme agradablemente, como debió suceder á los fieles del siglo XII al contemplar los vidrios de sus catedrales. Un negociante se había excedido, agregando la línea al color, como lo hizo en otro tiempo Leonardo de Vinci: en sus grupos, los nabos estaban cortados en forma de rosas; las cabezas de ternera representaban estrellas; en los tomates veíanse esculpidas las señas de la casa; y en el fondo blanco de las alcachofas destacábanse manchas rojas y negras, como los corazones de los grandes místicos de la Edad media. En otro lugar se habían dispuesto las cajas de conservas de manera que formaran un salón; admirables colgaduras de terciopelo azul y sonrosado tapizaban las paredes; en el centro elevábanse jarrones de flores y grandes arbustos; y acá y allá, algunas cajas derechas similaban en cierto modo señoras en visita, que hablando mal de los ausentes esperan la hora de tomar el te.

Naturalmente estaba reservado á las más grandes cosas hacer gala de las más elevadas ideas en semejante concurso artístico; y bien podemos decir que jamás los colores fueron elegidos por mano de pintor más hábilmente que los frutos confitados por la mano de nuestro célebre lonjista nacional. Columnas de todos los estilos, desde el romano más austero hasta el más churrigueresco, fuentes y urnas de toda especie, presentan un conjunto de aspecto sensual y de singular atractivo, con los granos de azúcar que brillan acá y allá como un tenue polvo de plata. En un escaparate que hay más lejos se ve el triunfo de la pintura, es decir un admirable cuadro hecho con pequeños hojaldres de color de rosa, amarillos, blancos y azules, circuídos de un marco de estilo Luis XV construído con azúcar, en el cual se destacan guirnaldas de angélica y de almendras.

Acababa de ver escaparates formados con bizcochos; y la restauración de ese antiguo ramo de nuestra industria nacional me impresionaba agradablemente, cuando de pronto observé que otro expositor intentaba á su vez la resurrección de un arte no menos antiguo y no menos precioso: el mosaico. Permanecí largo tiempo extasiado ante dos grandes mosaicos de una riqueza de tonos tan vibrante y armoniosa, que apenas podía creer que se hubiesen hecho únicamente con *julienne*, es decir con esos pedacitos de legumbres que mi cocinera se obstina de continuo en servirme como sopa. Sin embargo, no se podía dudar; aquello era *julienne* y nada más, y confieso que la obra me dejó estupefacto. Entonces reflexioné cómo la gente de otro tiempo había deteriorado los más hermosos mosaicos de las iglesias italianas, hollando sin escrúpulo su suelo con los zapatos llenos de lodo; y pensé que el mosaico que veía, á la vez que era una obra artística, sería útil en lo sucesivo para mejorar ciertas costumbres. Todos tendrán cuidado de limpiarse los pies antes de apoyarlos, pensando en los futuros banquetes en que se ha de comer una parte de ese maravilloso pavimento. Un mausoleo de cacao, rodeado de ramas pendientes del árbol de este nombre, formaba sauces llorones; y esto me contristó un momento. ¿Por qué las ideas lúgubres se han de asociar siempre con nuestras más hermosas fiestas?

Por fortuna, pronto me sacó de mi melancólica meditación un admirable conjunto arquitectónico: en todos los ángulos de un cuadro de escaparates, en cuyo centro se elevaba una gigantesca columna de Julio (los leones eran de chocolate descubierto, y la columna de chocolate envuelto en papel de múltiples colores), pude contemplar templos egipcios en pilones de azúcar, *chalets* suizos formados con almendras garapiñadas, y castillos feudales construídos con albaricoques confitados.

Me bastó después pasar por una enorme puerta romana, construída con tabletas de chocolate, para ver diversas concepciones deslumbradoras. Una Juana de Arco de grandes dimensiones, también de chocolate, empuñaba altivamente una colosal bandera de la misma sustancia; y apenas hube saludado con cariñoso respeto á la viril heroína de nuestra historia, divisé una de mis obras artísticas predilectas. Era el niño con blusa, que sonríe maliciosamente, cerrando á medias los ojos, mientras chupa una apetitosa barrita de regaliz; mas el chico no era de esta sustancia, sino el original de que había visto ya mil reproducciones, y que como ellas, estaba vaciado en barro, es decir esculpido por un individuo del Instituto. La presencia inmediata de barritas de regaliz, semejantes á la que el niño chupaba, me hizo apreciar mejor que antes la intensidad de la alegría que aquél debía experimentar.



M. STEURS (de Bélgica) PRESIDENTE DEL COMITÉ DE DEGUSTACIÓN

Entonces ví las obras maestras del licor: frascos de las más graciosas é históricas formas mezclaban sus bonitos colores verdes, amarillos, azules y rojos, formando un conjunto deslumbrador de brillantes matices, bajo la presidencia benévola, pero digna, de Mr. Carnot, cuya cabeza formaba el cuerpo de una botella de curazao.

—¡Basta! exclamé; hasta el sentido de lo bello tiene sus límites; estas son demasiadas maravillas para verlas de una vez.

Mi amigo no contestó, pero hízome bajar dos pisos, y penetré en una sala baja situada á orillas del Sena: allí me esperaban las maravillas de la bebida.



¡EXQUISITO!

Los cerveceros franceses tienen demasiado qué hacer en su lucha contra la terrible competencia de las cervezas salicilatadas de Alemania para que podamos censurarles por no haber tomado parte muy activa en ese movimiento de progreso que tanto hace brillar á los demás representantes de las industrias alimenticias. Mientras que los fabricantes de chocolate y de pan de especias construyen con sus productos péndulos ó estatuas, los cerveceros se limitan á ofrecer á los visitantes sus líquidos por la ínfima cantidad de 15 céntimos el vaso. Yo he probado todas las cervezas, y puedo decir que son excelentes; las alemanas deprimen la imaginación, mientras que las otras la alegran, á menos que esta feliz consecuencia deba atribuirse á los coñacs, que también probé después en una cripta romana, formada toda ella con frascos de aperitivos, ó á las guindas en aguardiente, de las cuales probé varias especies frente á una columna funeraria construída únicamente con botellas de digestivos.

Los vinos del Mediodía no habían faltado á la reunión, y hallábanse allí bajo la forma arqueológica de una de las puertas de la ciudad de Narbona. Aunque los alemanes supieran fabricar tan buen vino y tan seductoras botellas, siempre les faltaría el arte para servirse del uno y de las otras en la construcción de tan magníficas puertas.

Largo tiempo me detuve en un salón adornado con divanes de terciopelo color oscuro que invitan á dormir la siesta, y donde se prueba el champaña. Salí de allí para penetrar en el último compartimiento de aquella galería inferior, donde creí ver, á través de los recuerdos de mis catas, algunas de las más asombrosas obras maestras del arte moderno que mi amigo me había revelado: era una fortaleza formada con tapones, en que varios grupos de cera figuraban obreros con verdaderas botellas de verdadero vino en las manos, y todo cuanto puede sugerir á un industrial de genio el doble deseo simultáneo de contribuir al progreso del arte de su país, dando á conocer su fábrica de champaña.

Poseído de entusiasmo salí al fin de allí. Mi amigo había catado menos que yo, y mis movimientos parecían inquietarle.

De pronto tropezamos con un numeroso grupo de caballeros de alegre semblante y aspecto sumamente simpático sino por otra cosa por el aire de satisfacción que todos ellos revelaban.

– ¿Quiénes serán? – pregunté á mi acompañante.

– ¡Son los jurados! – contestóme con acento en que se mezclaban el respeto y su poquillo de envidia.

– ¡Felices ellos! – No se me ocurrió otra exclamación.

Pero más tarde recordando las fisonomías de aquellos individuos que quedaron grabadas en mi memoria y reconstituyendo en mi imaginación las escenas de la degustación en que fueron los principales actores, me he complacido en reproducir unas y otras por medio del lápiz para que los que lean estas líneas puedan conocer á esos respetables miembros del Jurado encargados de emitir su fallo sobre las armas más esenciales para sostener la lucha por la existencia.

Una vez en el coche que debía conducirnos, no cesé de manifestar mi admiración por todo cuanto había visto, tanto que al llegar á la esquina de la calle, el cochero, que me había oído, detuvo su caballo y díjome, inclinándose en el pescante:

—¡Ah, caballero, con que ha visto V. el Palacio de la Alimentación! Yo también le visité el día de nuestra famosa huelga, y estuve allí algunas horas. ¡Ah, qué fiesta! Me comí una bandera de Juana de Arco, parte de un marco Luis XV, y el capitel de una columna corintia. En cuanto á la bebida, apuré una centésima parte del Arco de Triunfo, media barba del presidente Carnot, y una buena porción de la puerta de Narbona. ¡Y me quedo corto!

T. de W.



EL VICE-PRESIDENTE CATANDO COGNAC DE 1815

NIHIL NOVUM SUB SOLE

Hace unos días, ó unas semanas, ó algunos meses, ó años quizás, pues esto poco le importa al lector, que los diarios extranjeros y también los nacionales se han ocupado de una atrevidísima operación quirúrgica llevada á cabo por sabios profesores, operación que ha llamado poderosamente la atención de la Academia de Medicina de París.

¡Ahí es nada lo del ojo!

O por mejor decir, de los ojos.

Se trata nada menos que de injertar ojos.

¡Casi nada es lo que han descubierto los sabios injertadores!

Ya no habrá ojo ciego, ni ojo tuerto. Lo que todavía no se ha descubierto es evitar que haya ojo bizco.

Pero el fin del progreso nadie lo ha visto ni verá.

Quién sabe si con el tiempo se hablará de la raza de los *bizcarrondos* como hoy hablamos del paraíso; es decir, como de cosa perdida.

Y esto de perdida, no se tome como alusión á la amante de la *culebra*, y mal año tenga quien no adivine quién es ella.

El hecho es que gracias á la ciencia, ya no habrá vistas de aduanas ciegos, ni ciegos con vista de lince. Para siempre se habrá concluído la casta de los tuertos de *mala sombra* y todo el mundo verá.... lo que le convenga, y cuando así no sea será por lo que Dios quiera.

Mas basta ya de preámbulos y vamos al caso, que es peliagudo; caso séptimo de la declinación gramático capilar.

Ha dicho la ciencia médico-quirúrgica que si por cualquier accidente se pierde un ojo, cualquiera que sea, basta para verse curado, buscar á la suegra, caso que la tenga el interesado, arrancarle el mejor de los que posea, y sustituir el perdido con uno de los de la amantísima mamá política.

Esto tendrá un pequeño inconveniente, el de quedarse bizco (enfermedad incurable como ya se dijo), pues es seguro que el ojo primitivo se *huirá* huyendo del postizo. Pero en cambio qué inefable dicha no sentirán los yernos viendo á su suegra con un ojo de perro ó gato!

Porque ha de saberse que lo que la cirugía ha descubierto ha sido que pueden injertarse en el hombre, ojos de cualquier animal.

Los sapientísimos profesores extranjeros creen haber descubierto algo nuevo, y se equivocan grandemente.

Nihil novum sub sole. La operación de injertar ojos es ya antigua, muy antigua, antiquísima.

Varios siglos hace que los médicos árabes la practicaban y tuvieron que abandonarla por los muchos inconvenientes que presentaba.

Los injertos y sustitución en el hombre de miembros muertos por los miembros de animales vivos estaban muy en boga en los tiempos de la dominación árabe en España; y si hay alguien que lo dude, tómese la molestia de hacer un viajecito al archivo de Simancas, y en el estante 254 ó 452, pues mi memoria no es muy feliz, y bien pudiera ser el 542 ú otro cualquiera, encontrará escrita en pergamino ó papel de estraza, la siguiente historieta que prueba la verdad de mi aserto.

Vivía allá por el siglo XII, en Córdoba la Sultana, un médico llamado Abul Bey Zatán, admirado de todos por su sabiduría y virtudes.

El tal Abul Bey Zatán estaba perdidamente enamorado de su esposa la linda Zoraida, y para que su felicidad fuese completa, faltábale sólo que el cielo le concediese fruto de bendición.

Un día ¡dichoso día! Zoraida conoció que su hermano iba á ser tío, su esposo padre y ella madre. Desde aquel momento ¡cuántos cuidados, qué desvelos para que el sobrino de su hermano é hijo de su padre no se malograse!

Llegó el anhelado día, y un grito estridente de la madre y el vagido de un niño anunciaron que un descendiente de Abul venía al mundo.

Sólos hallábanse los esposos cuando sobrevino el parto; el padre recibió en sus brazos á la criatura, la reconoció, y lanzando un ¡ay! prolongado pronunció estas palabras: Sin mis cuidados hubiese muerto en el seno materno.

Llamó en seguida á sus esclavos y encerróse en su gabinete de estudio llevando al niño en sus brazos.

Cuarenta días trascurrieron sin que el sabio doctor saliese de su habitación.

Los habitantes de la casa notaron que el mismo día del nacimiento desapareció un magnífico perro de caza.

Salió por fin el padre y pudo todo el mundo contemplar al vástago que era un hermoso niño.

Siete años pasaron y fué el niño creciendo, y el padre mirándose en sus ojos y deseando que volase el tiempo para ver á su hijo hombre; mas no quiso Mahoma que sus deseos se cumpliesen; una apoplejía cortó la vida de aquel sabio que supo curar á tantos, y no logró detener á la muerte cuando le llegó su turno.

Un día, hallándose *Abulito* jugando en su jardín y buscando en un árbol un nido de ruiseñores, se desgajó una rama y el niño vino al suelo, quedando sin sentido.

Cuando su madre vino á levantarlo, vió con dolor que el infeliz niño había perdido un ojo y se había roto el brazo izquierdo.

Inmediatamente llamaron al doctor Muley Alubias, que no todos los Muley han de ser Habas, quien se ofreció á sustituir el ojo perdido por el de un precioso gato que en la casa había.

Llevóse á cabo la operación, y con gran extrañeza se notó que el paciente movía nerviosamente el brazo izquierdo y que trataba de llevarse la mano á la cara, como queriendo impedir la sustitución del ojo.

Vendáronle y sujetáronle el rebelde brazo, y por fin con



¡ANTE TODO OLER!

gran alegría de Zoraida, quitáronle una noche la venda de los ojos y vieron que la operación había tenido un éxito feliz.

El ojo del gato brillaba en la oscuridad, y se encendía con relámpagos de ira, recordando sin duda el carácter de su primitivo dueño.

En aquel momento un ratoncillo atravesó la sala y el ojo encendióse más, y sin que nadie pudiese evitarlo, el niño arrojóse del lecho, se abalanzó al ratón y le devoró en un instante.

Dos días después quitaron al niño el cabestrillo del brazo que se había roto, y cuál no sería la sorpresa del doctor Muley al ver que en cuanto el brazo se vió libre se dirigió al ojo y lo sacó con gran furia de su órbita!

¿Dónde encontrar la explicación de este hecho? El doctor la halló al fin, registrando un día los papeles del difunto Abul.

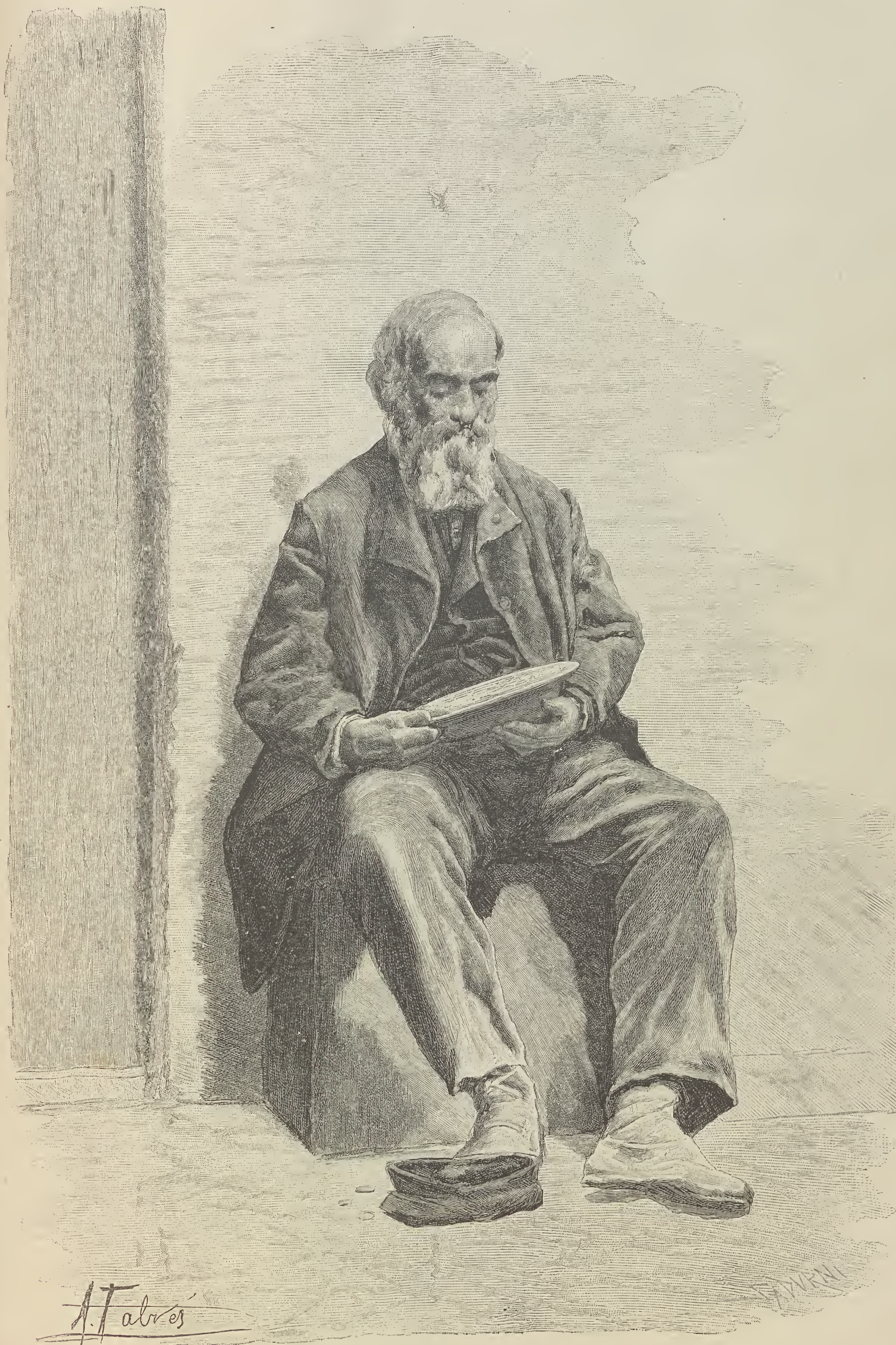
Su hijo había nacido sin brazo, y el padre le había injertado el de su perro de caza.

El niño quedóse tuerto, pero sano y bueno; no presentaba más que una anomalía, explicada por la influencia del brazo perruno.

Tenía gran afición á determinadas palabras, que pronunciaba tartamudeando, tales como *gua gua guasón; gua gua guapito*, y saludaba siempre diciendo:

Dios *gua gua gua...rde* á V., caballero.

Leandro Ordoñana



MENDIGO, dibujo de A. Fabrés



Este cristal me separa del común de los mártires

EL CLUB EN LONDRES

Siguiendo Piccadilly en dirección á Hyde-Park, casi enfrente de Bond-Street, en la altura de una larga calle que desciende hacia St-Jame's, éntrase en el país de los clubs, *Cluband*, como se dice en Londres; tierra prometida de los solterones, y por consecuencia, de los maridos.

Todo, en esta calle, respira lujo y elegancia. Las tiendas, poco numerosas, están exclusivamente ocupadas por sastres, zapateros, plateros, vendedores de bastones, de corbatas y de artículos para fumar. Las casas, altas y extensas en su mayor parte, adornadas de columnatas, de frisos y de mascarones, son, propiamente dicho, palacios. Casi todas tienen historia. Esta, por ejemplo, llamada *Brook's*, fué de donde salió Shéridan, una tarde en la que encontró al futuro Príncipe regente, en compañía de su hermano el duque de York.

– Precisamente estábamos hablando de vos, – dijo el más joven de los dos príncipes, – y á punto de discutir si sois un tonto ó un pillo...

– Estoy en un término medio entre *ambas cosas*, – replicó Shéridan, tomando al uno del brazo derecho y al otro del izquierdo.

Esto era algunos días después de la sesión, en la que obligado á ponerse de rodillas ante el parlamento pidiendo perdón, se levantó, y tapándose la nariz con su pañuelo, exclamó:

«¡Qué sucia es esta cámara!»

Sobre los escalones de mármol de este palacio, veíanse á la sazón un mayordomo correcto y grave, un paje con botones de plata, un lacayo con calzón de pana y medias de seda. Frecuentemente la maciza puerta abríase sólo á los iniciados que la empujaban. Si se alza la vista hacia el elevado primer piso de cualquiera de aquellos edificios, es raro no reparar en algún gentlemán, viejo ó joven, que á través de una ventana ó de una *bow window* mira hacia la calle sin verla, con aspecto distraído y ocioso.

No creáis que se halla allí por casualidad ó de pasada; al contrario, está en el ejercicio de sus habituales funciones. Su prolongada permanencia detrás de los cristales de su club, forma parte de sus costumbres, y constituye una parte de su idiosincrasia. Se hipnotiza allí todos los días, con una sensación especial y enteramente inglesa, que es la del hombre que se dice con delicia á sí mismo: «Este cristal me separa del común de los mártires; estoy en palco de proscenio para ver correr la vida.»

El *suave mari magno* del escéptico, la salvaje alegría del pescador de caña, que ha tomado posesión de un buen rincón sobre el arco del puente, la inefable serenidad del canónigo de San Dionisio, ó del senador vitalicio, que se instala en su banco; de todo esto hay en la satisfacción cuotidiana que experimenta nuestro hombre al situarse allí, saboreando las horas duraderas. Solo por él St-Jame's y Pall-Mall prolongan hasta perderse de vista su doble línea de marmóreas fachadas, y los trabajadores lioneses tejen sus cortinas de brocado, y las mujeres de Smirna sus muelles tapices. Por él las muchachas granjeras recolectan huevos en los lejanos gallineros, y el sol dora los cuchillos bordeleses. Para él se elaboran las primicias de las sierras de Niza ó de Argel, y las máquinas humean, los artistas producen, los pensadores inventan, y el *Times* ó el *Daily News* costean en la China ó en los Balkanes corresponsales de cien mil francos anuales.

Todo esto es para él. Si no es de su propiedad es para su entretenimiento... y nada caro: acaso treinta guineas de ingreso en el club, después doce ó quince cada año: no llega á 25 francos mensuales.

Da gusto verle cuando llega por la mañana á su club, y se instala en una mesa de almuerzos, servida con coquetería, en el sitio de preferencia que una larga posesión ha hecho suyo. Abre su correo que siempre recibe allí, y todos se apresuran á adivinar sus deseos. Una chuleta á la parrilla, un pedazo de jamón de York, fino como encaje, un huevo pasado por agua y una taza de te constituyen su primera comida. Todo esto, en su punto, perfecto, servido en una vajilla espléndida, sobre mantel deslumbrante, en platos de plata con las armas del club, por camareros solícitos y silenciosos. Total de gasto: once peniques – veintidós sueldos; lo cual no le impide gritar como si fuera por veintidós libras, si se encuentra de mal humor: «¿Cómo os atrevéis á servir esto á un gentlemán? fijaos en esta chuleta y atreveos á negar que es un escándalo. Y este huevo! cuando sabéis muy bien que le había pedido blando!... El *steward*, ¿dónde está el *steward*?... decididamente es necesario que me queje á la junta directiva!»

La servidumbre terrorificada forma círculo al rededor del cuerpo del delito... Llega el steward, obsequioso y apesadumbrado.

«Hopkins, el servicio va de mal en peor... examinad esta chuleta... esto es escandaloso!»

Hopkins la examina bajo todos sus aspectos, la encuentra admirable; pero se apresura á mandar que la reemplacen por otra al instante, riñendo á todo el mundo, y diciendo:

«Qué queréis, señor: es imposible hacerse servir.»

De una á tres se sirve el lunch del Club, *From The joint*, que cuesta nueve peniques; es decir, que por diez y ocho sueldos se tiene rosbif ó pierna de carnero á discreción, con las berzas y patatas clásicas, pan, excelente cerveza y postres.

Además hay una lista variada para los pródigos.

Por la noche, nuestro clubman come también fuera de su casa, si no le retiene alguna obligación, como la del obligado ramillete, ó la caja de castañas heladas de fin de año. Si por casualidad no está convidado, lo cual es raro, el clubman, á las siete de la noche próximamente, entablará con Hopkins el siguiente diálogo:

– Hopkins, voy á la ópera y quisiera comer temprano. ¿Teneis alguna cosa ligera?

– Señor, tenemos sopa de leche de almendras, truchas de río, sterletes del Volga y mollejas de ternera.

– Ah!... ¿y de caza?

– De caza?... codornices con lechuga, lengua al asador, perdices con limón, pepitoria de chochas.

– Y en clase de vinos ¿qué hay en este momento?

– Recomendaré al señor, nuestro pamard de 1869 y nuestro leoville de 1872, que están ya hechos. Por supuesto, que además hay siempre el gran margaux del Club, y el primer corton... pero quizá el señor prefiera vino de Champagne... Me tomaré la libertad de recomendarle nuestro Clicquot seco.

– A fe mía, bien considerado, me daréis una lonja de vaca fría, una copa de cerveza fuerte y un vaso de Oporto. No tengo apetito.

Y he aquí que por veinte sueldos cabales, que hacen con los diez y ocho del lunch y los veintidós del almuerzo, la suma total de tres francos, nadie tendrá nada que decir en cuanto al régimen económico; y considerad, por el contrario, que si le place á nuestro clubman proponerse ú ofrecer á sus amigos una comida de príncipe, puede tenerla al instante, admirablemente servida, al precio de los mercados.

Sin contar que además disfruta, durante su vida, de un palacio espléndido, con todos los periódicos y revistas, libros antiguos y modernos, cuadros, estatuas, salas para fumar y de juego, gabinete de estudio y de tocador...

Puede recibir visitas en el Club en un salón especial, del mismo modo que recibe su correspondencia, lo cual le ahorra la necesidad de habitación personal, permitiéndole, si lo cree conveniente, el pasar la noche en un cuarto con cama, silla y un *tub* ó velador inglés.

¿Quién se admirará, pues, de que el clubman de Londres esté satisfecho de su suerte, y que detrás de los dobles cristales de su ventana, tenga lástima del género humano *no cluband*?

(*Cluber* es una palabra que faltaba hasta ahora á la lengua francesa. Nosotros se la regalamos, tomándola de la inglesa *to club*, que quiere decir: reunirse, cotizarse, asociarse.)

La vida de París, propiamente dicha, se resume en quince ó veinte cafés, restauranes y teatros situados entre la plaza de la Concordia y la encrucijada de Montmartre.

La de Londres, se resume del mismo modo, en un centenar de clubs, situados entre Hyde-Park Corner y plaza de Waterloo. Nosotros somos un pueblo al aire libre, de fáciles apretones de manos y de gustos variables. Nuestro clima y nuestras costumbres nos permiten comer sobre una acera, en un jardín público, ó tras de los cristales de un cuarto bajo. Nuestros instintos democráticos nos hacen hallar agradable el encanallamiento del establecimiento banal, á donde cualquiera puede entrar mediante seiscientos sueldos.

Los ingleses se constipan bajo las brumas de su cielo, si tratan de reunirse en un aireado comedor, y el orgullo aristocrático, así como la hipocresía nacional, les impiden solazarse en la taberna, si temen ser vistos. París es, ante todo, una ciudad de convidados; Londres se asemeja enteramente á una ciudad de clerizontes que se disfrazan para correr la caravana.

Cualquiera recién venido puede apearse en el Gran Hotel con un saco en la mano, y en el mismo día llevar á sus labios, mediante el dinero, todas las copas parisienses. En Londres puede vivirse veinte años con el obligado millón, sin siquiera acercarse á la eucaristía británica; porque el solo camino para esta iniciación es el Club y el Club es el aparato por excelencia para la selección mundana.

Pero se dirá: París tiene también sus clubs, y algunos muy exclusivos.

¿En París, clubs? Ni siquiera hay idea de lo que son. Excepto dos ó tres, todos los círculos ni aun están amueblados. Y además ¿qué son estos círculos? garitos más ó menos abiertos, viviendo casi exclusivamente de los inseguros productos del juego, ayer pletórico, hoy día exhausto, y medio cerrados por orden de la policía, que se roza, con justo motivo, con las rameras y los estafadores.

París tiene Nuestra Señora, la Santa Capilla, el Museo de Cluny, la Opera de Garnier, la Comedia Francesa, el Circo de Verano y el café de Embajadores. Londres tiene sus clubs. No le exijáis otros monumentos; sólo aquellos y la cárcel de Newgate son verdaderamente hermosos, característicos del suelo y de la raza, y apropiados á su objeto.

Y no porque se vanaglorien en el exterior de verdadera originalidad. La fachada del *Carlton* es copia de la biblioteca de San Marcos, la del *Reform*, del palacio Farnesio, la de *Army and Navy* del palacio Cornaro, y el *Conservative*, del de Strozzi. Pero esta concha italiana está envuelta en cierta cosa eminentemente británica, cómoda y firme.

Se habla del confortable inglés. No le busquéis en el



Hopkins, el servicio va de mal en peor... examinad esta chuleta...¡ esto es escandaloso!

home, donde no existe. Hallaréis cuartos sin cortinas y sin fuego, camas rellenas de huesos de melocotones, almohadas que huelen á gallina, á mechero de gas y á patatas mojadas. No le busquéis en la calle, en la que no hallaréis un solo banco, ni una mesa, en la que tomar un sorbete. Sobre todo, no le busquéis en *Hansom Cab*, á menos que no tengáis una predilección mórbida por las carretas desvencijadas... Entrad en el primer club que encontréis, si tenéis un amigo tan influyente que os haga abrir las puertas.

He aquí el oasis del bienestar, el solo terreno donde florece, el inolvidable paraíso... Cualquiera que haya vivido allí, será en todas partes, fuera de allí, un desterrado.

No hay más que allí esos beefteaks enteros y tiernos á la vez, esos vinos venerables, esos tapices serios, esos sofás profundos, esos periódicos abundantes, esos cigarros auténticos, esos billares en que las bolas van por sí solas, una tras de la otra: buenos compañeros á mano, si se quiere conversar. Tocadores silenciosos, biblioteca llena de libros recién publicados, si se prefiere leer á soñar. El correo y el telégrafo al alcance de la mano, jugadores competentes de whist, ó de los cientos. Nada de visitas, nada de negocios, nada de mujeres... La soledad en compañía y la independencia en comandita: el derecho de hablar á quien os agrada ó de poner mala cara al que os fastidia. ¿Se sabe á dónde van hoy día todos los cocineros de París y todos los mejores vinos de Francia? pues á Londres, para el servicio de los clubs. ¿Se sabe por qué tantos de nuestros restauranes agonizan? pues porque el clubman inglés, que fué su huésped asiduo, ahora se encuentra mucho mejor en su club.

Sin contar que tiene la satisfacción de pagar con doce francos, en su club, la fina comida que ahora cuesta tres luises, entre la Magdalena y la ópera.

El secreto del club estriba en esto: es la vida elegante y lujosa, por ocho mil francos anuales. Es la asociación, el principio cooperativo, el falansterio si se quiere, y en todo caso el sistema ingenioso que consiste en agruparse para contribuir á los gastos de una empresa y aprovecharse de los beneficios, en vez de abandonarlos tontamente á envenenadores de frac negro.

Dados quinientos hombres, provistos de trescientos ó cuatrocientos luises de renta, hacerlos vivir en el restaurant ó en el café, conduce á la miseria, á la desesperación, á la gastritis ó al matrimonio á toda prisa. Agrupadlos en sociedad de consumo bajo el nombre de club, y es la opulencia, la dicha y la salud.

Con una condición, sin embargo, que los ingleses saben cumplir, cual es la de que el club sea club, y no una casa de juego.

Todo círculo que cuenta con la baraja para sostenerse, está condenado de antemano. Jugad, si queréis, pero que el juego sea gratuito y no aproveche al establecimiento; sin esto, el tapete lo absorbe todo y vosotros os quedáis en seco. El garito no es solamente la falsificación del club, sino su negación.

FELIPE DARYL



EL TRANVIA DEL ESTE

Fuí, no hace mucho tiempo, testigo de un drama callejero cuyos detalles referiré después, drama que la suerte me permitió utilizar para convencer á mi amigo Julio, sainetero en moda, de lo perjudiciales de las aficiones que no sé por qué han dado las gentes en llamar flamencas y que no sé por qué tampoco privan de tan exagerada manera entre el público de nuestros teatros.

– Es el género flamenco, – me decía Julio, – algo que responde á las tradiciones y á las costumbres de un pueblo. Puede un extranjero asistiendo unas cuantas noches al teatro *Felipe*, – añadía – formar cabal idea de lo que es el pueblo español.

– Gravísimo error, – le respondí. – Ese pueblo que pintáis todos los días en vuestros sainetes no es el pueblo español; es un pueblo embrutecido, un pueblo sensual y miserable que os habéis forjado para divertir á los imbéciles. No he de negar que tiene el pueblo sus momentos de alegría; pero ¿con qué objeto le presentáis siempre cantando peteneras, bebiendo vino y ejerciendo el robo? Creo que la literatura, como todas las artes, si no ha de proponerse en primer término una utilidad material, no ha de abandonar tampoco por completo el camino de lo provechoso. Es un error negar que el arte tiene un fin social, moral y político, y ese fin que, siéndolo de todas las artes, no lo es de ninguna en particular, no debe jamás perderse de vista.

– El realismo... – murmuró mi amigo defendiéndose.

– ¡Qué realismo, ni qué ocho cuartos! El realismo es el reflejo de la realidad y la realidad no está en exagerar aquello que es más deforme y repugnante. Estudiad el realismo en Shakspeare ó en Tirso de Molina, estudiadlo en Cervantes y aun en el mismo Quevedo, calcad vuestros sainetes sobre los de Ramón de la Cruz; pero no prostituyáis el teatro llevando á él obras, que aun siendo todo lo reales que queráis carecen de una condición esencial cual es la de la belleza, obras antiliterarias que, además de estragar el gusto del público, no logran otra cosa que alentar á nuestro bajo pueblo, hoy más falto de ilustración que de otra cosa, por el sendero de esa malhadada flamencomanía en la que figuran como primeros personajes los *ratas* de la GRAN-VIA y los borrachos de todos los sainetes.

– Eso quiere decir que destierras del teatro los cuadros de costumbres.

– No los destierro, antes los aplaudo y me muestro partidario de ellos; pero quiero los cuadros de costumbres en toda su pureza, los acepto en todas sus manifestaciones. ¿Me negarás que el pueblo también llora? ¿Me negarás que en él también acontecen dramas? He aquí un medio de matar la flamencomanía: elevarla. El pueblo se ríe y canta. Presentadle cantando y riendo; pero estudiad las consecuencias de su canto y de su risa y presentad también esas consecuencias en el teatro. Haced por que el pueblo que escucha y admira vuestros sainetes, contemple en ellos retratados al vivo sus defectos, y en vez de salir del espectáculo envidiando la suerte del famoso *rata* que tan grande popularidad ha adquirido, salga oprimido el corazón, con el más ferviente deseo de que ni el pincel del pintor, ni la pluma del poeta puedan volver á encontrar asunto en tan tristes costumbres. Hay en Madrid veintiún teatros que funcionan entre las dos temporadas. De estos veintiún teatros hay sólo cuatro, y es mucho decir, que se dedican á lo que se llama el género serio y de estos cuatro, que son el Real, el Español, la Comedia y la Zarzuela, dos son líricos y uno de éstos no siempre está abierto, otro se dedica al género francés y sólo en el Español se representan dramas y comedias dignas del arte. No creo que caigas en la vulgaridad, tan generalizada, de decir que al teatro va uno solamente á divertirse y que más vale emplear el tiempo riendo las gracias de Gedeón que escuchando las bellezas del Don Carlos de Schiller. Pase que digan esto los que no se precian de inteligentes, ni amantes del arte; pero no que lo sostengan quienes se juzgan dignos de pertenecer á las clases más ilustradas. Ya sé que nadie va jamás al teatro con el deliberado propósito de pasar un disgusto; pero hay, amigo, muchas maneras de gozar. Elevarse por un momento de la esfera, del círculo material y prosaico en que uno vive, ennoblecerse, sentir en sí algo superior, ver agigantarse dentro del alma pasiones y sentimientos sublimes; esto busca en el teatro, además de la impresscindible cultura, quien no tiene una inteligencia vulgar y viciada. Dentro del género cómico hay también grandes asuntos para grandes goces; pero no dentro de ese género cómico destituído de arte y de belleza, de moral y de sentimiento. Además ¿quiénes son los que sostienen esa peregrina opinión de que al teatro debe irse sólo para solazar el espíritu con grotescas bufonadas? ¿quiénes son los que huyen de las emociones violentas de un drama de Echegaray? Los que no faltan ningún domingo á los toros, los que gozan sintiendo palpitar su corazón en el momento en que un banderillero hace una salida falsa, un matador sufre un desarme ó un picador cae al suelo bañado en la sangre de su caballo; los que no faltan á las fiestas del Hipódromo, donde les sobrecoge á cada paso el brusco movimiento del corcel que al saltar un obstáculo lanza fuera de la silla al jinete que se revienta contra una valla, se quiebra los huesos contra la tierra ó se despedaza arrastrado por la furia del caballo que se desboca; los que acuden todas las noches al circo donde un público brutal exige á una pobre saltimbanquis (y esto que voy á decir ocurrió en Madrid no hace mucho tiempo) que exponga su vida, ya en peligro, en un ejercicio bárbaro y ve después cómo aquella pobre mujer embarazada, se descuelga sin fuerza de un trapecio para hallar su muerte en la arena del redondel, mientras ese público ó ríe ó grita como fiera mole de zorras sin entrañas. Esos son los que vociferan contra el arte en sus más sublimes manifestaciones.

– Confieso que no sé ver al pueblo de Madrid con cara triste.

En esto estábamos de nuestra conversación cuando oimos á un lado del camino una algazara y un estruendo raro.

Distraídos con nuestra polémica habíamos llegado al final de la Carretera de Aragón, hoy prolongación de la calle de Alcalá. Estábamos cerca de las Ventas del Espíritu Santo.

El tranvía del Este bajaba la cuesta del camino completamente lleno. Iban dentro multitud de hombres y mujeres entonando un aire popular y acompañándose con pies y manos.

Cuando el tranvía llegó á las Ventas, aquella gente lo abandonó con júbilo para entrar en una de las muchas fondas que al aire libre hay por allí establecidas.

– ¿Qué significa tanta gente? – me preguntó mi amigo.

– Es una boda, – le contesté.

Y así era. Por incidencias que explicaré muy de ligero, conocía yo á los novios y conocía también y seguí cono ciendo de cabo á rabo su trágica historia.

Os la voy á referir. Es un drama con peteneras y todo.

Con objeto de estudiar algunos tipos del pueblo bajo de Madrid por si de ellos acertaba á sacar en la novela ó en el teatro más partido del que comunmente solían los más de los autores, dióme un año por concurrir todas las mañanas á las plazas y mercados públicos.

Pasaron allí ante mi vista multitud de tipos distintos, unos graciosos, otros bufos, otros miserables, otros tristes. Desde la criada desvergonzada que juega con el verdulero y le da brutales empujones que siempre encuentran atrevida respuesta, hasta la señorita que ha *venido á menos* y se decide por primera vez á ir á la compra con el rubor en las mejillas y las lágrimas en los ojos. Desde el cocinero de casa grande generoso y señorón hasta la vieja gruñona y regateadora que arma por dos céntimos un cipizape. El asistente, el pinche, el aprendiz, la verdulera, el carnicero, las vendedoras ambulantes, el ciego, el ama de huéspedes, el cambista, el conquistador de plazuela, el avaro, la señora tacaña, todos en fin, compradores, vendedores y espectadores, pasaron ante mis ojos como pasé yo ante los suyos. Ellos quizá no repararon en mí; yo jamás los ví con indiferencia, no dejé un día y otro de observarlos, no cesé un momento de clasificar y estudiar aquellas especies sociales.

En esas plazuelas conocí á Crisanto, el ciego de más gracia, al decir de las gentes, que recorrió jamás las calles de la corte. Celebradas eran y mucho sus chanzonetas y sus romances, sus relatos y sus coplas. Tenía un repertorio escogido y completo. Había en él composiciones que hacían reir á mandíbula batiente al *melitar* con más vocación para presidir el Consejo Supremo de Guerra y Marina. En cambio cuando recitaba el romance relativo á algún crimen asombroso y espeluznante, no dejaba una sola cocinera sensible de derramar abundantísimo llanto.

En esas plazuelas conocí también á Juana, mujer frescota y ancha que rayaba en los cincuenta, más mujer de bien que una santa y más enemiga de lo ajeno que el más escrupuloso moralista de los primeros siglos. Tenía una hija que valía un sol. Se llamaba Carmen y según la madre todos los cármenes de Andalucía no podían con todas sus flores embellecer más de lo que lo estaba el rostro de la moza. En verdad la chica merecía estos elogios. Morena, robusta, con unos ojos como el azabache y unos labios más rojos que la púrpura. Era también Juana madre de un mozo que valía un Potosí: enamorado y generoso, buen hijo y buen hermano; pero eso sí, con más sangre que un potro andaluz. Constituían los dos mozos el encanto de Juana. Estaban, según Juana, muy bien educados, aunque ella no había intentado nunca hacerlos renegar de su origen. El padre de los chicos había sido verdulero. A su muerte se encargó del oficio Juana y los muchachos del puesto y á su lado vivían. Al mozo, á Tomás, que así se llamaba, le gustaban las muchachas y su madre se lo había reprendido muchas veces. Este era el único defecto del chico. Por lo demás estaba Juana muy satisfecha de él. En cuanto á Carmen era una bendita. Así lo creía su madre. Sin embargo Carmen no había dejado de comprender sus encantos y alguien murmuraba que un tal Julián, mozo cruo también, había sabido con ella sacar partido de la aplicación del *ars amandi* que Ovidio inventó. Esto no había llegado á oídos ni de Juana, ni de Tomás.

Este último había sostenido amistosas relaciones y pretendía sostenerlas más amistosas aún con Estrella, hija del tío Andrés, empleado del matadero de Madrid.

Estrella era un tipo distinto de Carmen. Más delicada y más espiritual, adquiría siempre cierto ascendiente, cierta superioridad sobre los que la trataban. Había conocido á Tomás desde pequeña. Los dos jóvenes se querían; pero con un cariño puro y desinteresado. Estrella no pensó nunca en Tomás como marido y quizá Tomás tampoco nunca la hubiera presentido como esposa si las pícaras circunstancias no hubieran precipitado los acontecimientos y ascendido á pasiones afectos é impulsos generosos y modestos.

Pero cátate que un día corren por la plazuela rumores de que Estrella se casa con Julián. Llega esto á oídos de Carmen y de Tomás. Carmen se siente ruborizada al escuchar las noticias y reprime con valor sus primeros impulsos para darles más tarde estrepitosa libertad.

No conoce á Estrella; pero la odia desde aquel instante.

Tomás disimula su asombro; pero se dice:

– ¡Cómo! Estrella, la que conozco casi desde niño, mi amiga de toda la vida, ¿se atreve á contraer un enlace sin consultar antes mi corazón, mi corazón que hace ya tanto tiempo es suyo?

El pobre Tomás creía que Estrella estaba segura, que Estrella le amaba.

Se encamina una mañana á la casa de Estrella y la ve salir. Va en dirección á la plazuela. Tomás la sigue. Parece que no se atreve á hablarla. Espera llegar á la plaza. En ella, á la vista de los puestos mugrientos y sucios á cuya sombra ha conocido á Estrella y pasado con ella tantos ratos de broma, se armará su corazón de energía. Sí, en esa plazuela en que nació su amistad tomará su repentinamente sublevado amor todo el incremento preciso para reñir una furiosa batalla.

Entre tanto Carmen ha ido también á la plazuela. Son las doce. El mercado está desierto y muchos de los puestos cerrados. Algún que otro mercader hace sus cuentas al sol.

Juana está guardando en su bolsillo montones de calderilla.



PRIMAVERA

Abre la flor su virginal corola,
el ave se revuelve en su nidada,
y se asoma el insecto á la enramada
que el sol con sus cambiantes arrebola.

Adorna con la rústica amapola
su frente la zagala enamorada
y al fin mira el pastor su sed calmada
en la fuente que corre oculta y sola.

¿Quién dirá que tal paz, tanta alegría
basta á tornar en torva malandanza
una noche de cierzo cruda y fría?

Lo digo yo que en sin igual mudanza
florecer y morir en solo un día
he visto mi ventura y mi esperanza.

INVIERNO

Ni un nido en los secos troncos,
ni hoja alguna entre las ramas,
ni una brizna de verdura
asoma en la dura escarcha.
El sol sus rayos oculta
en las nubes apiñadas
y blancos cendales cubren
del monte las crestas calvas.
Ni aun las aves de rapiña
en los altos picos graznan,
ni en la soledad del llano
tímidos corderos balan.
Todo sombras y silencio,
todo miedos y amenazas,
que el ronco bramar del viento
es sólo lo que no calla.

Imagen es el invierno
de nuestra vejez cansada,
en que no brilla siquiera
un mal rayo de esperanza.
Nieve cubre nuestra frente,
heló el corazón la escarcha
y son nuestras ilusiones
hojas que el viento arrebata.
Sólo señales de vida
da allá en el fondo del alma
del rugir de las pasiones
la no extinguida borrasca.

Mañana la primavera
cubrirá el campo de galas
y nuevo nido las aves
harán de las verdes ramas...
¿Cuál será el remoto clima
en que hallará ese mañana
el que hoy de esta vida cruza
la más triste y dura etapa?



OTOÑO

No llores de tu dulce primavera
aquellas flores que besó el rocío,
ni de las breves pompas de tu estío
recuerdes con dolor la edad primera.

En tu faz la hermosura no se altera
y estás aún lejos del invierno frío;
prueba de ello es que en loco desvarío
la pasión en tus ojos reverbera.

Siempre contigo la franqueza he usado,
y sabes que en amor no soy bisoño
y que mi paladar es delicado.

Pues no temas, que es caso averiguado
que el dulce fruto con que brinda otoño
fué siempre más sabroso y sazonado.





VERANO

¿Te acuerdas?... Era una tarde
de julio abrasada y seca
en que todo parecía
languidecer en la tierra.
Del sol los rayos de fuego
iban quemando la yerba
y hasta las aves callaban
vencidas por la pereza.
¡Qué de votos de tus labios
oyó la verde floresta!
¡Qué de juramentos míos
se perdieron en la selva!
Mas ¡ay! era yo soldado,
partí á las flamencas tierras
y á mi vuelta de otro hombre
te hallé en otros brazos presa.
Para olvidar tu falsía
me dí también nueva dueña
y entrambos nos olvidamos
de las promesas aquellas.

. . . .

Hoy soy libre, tú eres libre,
también el estío quema
en los árboles las hojas,
en la llanura las yerbas.
Pero al querer nuestros labios
reverdecer las ternezas
que conmovieron el soto
y estremecieron la selva,
sólo nuestros ojos hablan
pero enmudecen las lenguas,
que si el campo nuevas galas
todos los años encuentra,
nada hay que vuelva á la vida
á las ilusiones muertas.

ANGEL R. CHAVES

Carmen se acerca á su madre y se arroja en sus brazos llorando.

El despecho y la vergüenza estallan.

– ¿Qué te pasa? – le pregunta Juana sorprendida por tan patético saludo.

– Julián se casa, – contesta Carmen.

– ¿Y qué nos importa?

Una breve pausa intercalada con frases de despecho y sollozos de amargura sigue á este corto diálogo, después del que traban hija y madre otro aun más rápido, más lacónico, más significativo y más interesante.

Carmen cuenta á la pobre madre su deshonra. Disculpa su ligereza, pide venganza y perdón y su furia no encuentra límites.

Juana, en vez de reñirla, llora también, y madre é hija se disponen á ocultar á Tomás lo sucedido y á conseguir el anhelado desquite.

Si Tomás supiese lo que ocurre, ¡quién sabe lo que haría!

Llega Estrella en esto á la desierta plazuela y se para cerca del puesto de Juana. Tomás entonces se aproxima á la joven que le pregunta molestada por aquella persecución:

– ¿Por qué me sigues?

– Porque te quiero y tengo derecho á saber lo que piensas, – contesta el galán.

– Es inútil, – replica Estrella. – Yo no tengo ningún compromiso contigo. Hemos sido amigos y nada más. Nunca hemos hablado ni tú ni yo de amor. Soy, pues, enteramente libre. Quiero á Julián y con él me caso. ¿Para qué había de consultarte lo que á tu gusto ó disgusto he de hacer de todos modos?

– Me has engañado. Tú ya has podido comprender hace tiempo que te quiero. No te lo he dicho porque te juzgaba tan segura y penetrada de mi pensamiento que me parecía inútil.

– Sí, he adivinado que me quieres; pero como nos conocemos desde niños, he supuesto que me querías como amigo de toda la vida, no como novio. Yo también como amigo te quiero.

– Es preciso que tu boda se deshaga.

– No puede ser.

– Será.

– Cállate y no armes pendencia. Julián se acerca.

Y efectivamente Julián se acercaba por un extremo de la plaza. Al ver á Julián Tomás grita mirándole:

– ¡Mi rival!...

Y Carmen que ha vuelto la cabeza y también le ha visto exclama:

– ¡Mi seductor!...

Tomás no se separa de Estrella. Julián está ya junto á ellos. Estrella insiste en que Tomás se vaya. Este no obedece y el otro tercia en la cuestión. De palabra en palabra llegan á los insultos, de los insultos á las manos y de las manos á las navajas. Juana y Carmen salen de su cuchitril. Se arma una jarana de mil diablos. La gente se aglomera, separa á los contendientes, que se juran odio eterno, y el primer acto de este drama termina.

La hoguera de las pasiones continúa encendida y aun ha de abrasarse alguno con su fuego. La lucha está solamente aplazada.

Al día siguiente han de celebrar su boda Estrella y Julián. El programa de la fiesta recorre la plazuela en boca de los convidados: primero la ceremonia: después la expedición en tranvía á las Ventas del Espíritu Santo; allí el baile y la comida, acompañado el primero y amenizada la segunda por la música y el canto de Crisanto. Por último la vuelta en tranvía también, todo rebozado con gritos y carcajadas de alegría y animado por algún episodio cómico, reído á costa de los novios ó de cualquier mozo ó moza que beban más de lo regular.

Entre tanto Carmen medita por un lado su venganza y Tomás piensa por otro en la suya.

Tomás celebra una detenida conferencia con Crisanto, le habla de una broma que quiere dar á los novios, gasta unos cuartos en catequizar al ciego y éste cede al fin y le deja sus ropas para que haga en la boda el papel de coplero. Tomás se sonríe de su triunfo. Cuando los comensales estén más animados y cuando el vino se haya subido ya á las cabezas y haga concebir al novio y á la novia atrevidas ilusiones de cercanos placeres, Tomás se lanzará sobre Julián y el drama tocará á su fin.

En cambio la venganza de Carmen será más moral que material. Juana opina que lo que debía hacerse era estorbar la boda: armar un escándalo en la misma iglesia; dejar á los novios corridos, evitar, en fin, á todo trance el matrimonio. Carmen no acepta estos consejos y Juana obedece á su hija. Carmen comprende que no podrá conseguir ya el amor de Julián, mas no se resigna á que otra lo disfrute: por eso no se opondrá á la boda; pero abrirá entre los esposos un abismo que los separará para siempre. Encenderá los celos en el corazón de Estrella y hará más amargo que ninguno, para esta pobre niña, ese día que debería serlo de felicidad y de ventura.

El día de la boda Juana acompaña á Carmen á las Ventas y allí convenientemente ocultas observan lo que acontece.

Ya han venido los novios y los convidados.

Eran los que ocupaban el tranvía que interrumpió nuestra conversación. Mi amigo y yo seguiremos adelante paseando. Al anochecer subiremos de las Ventas á la Plaza de Toros y bajaremos de ésta á la Cibeles para subir á la Puerta del Sol. Pero mientras nosotros tranquilamente paseamos, la tragedia se sigue urdiendo y enmarañando y la situación final se acerca por momentos.

Ni los convidados, ni los novios reconocen que el Crisanto es falsificado. El los felicita con voz aguardentosa.

La alegría más franca llena todos los corazones.

El baile comienza.

Julián ofrece el brazo á Estrella; pero Estrella en cuanto da los primeros pasos se siente fatigada y se reclina triste sobre unas piedras.

– No es, – dice á su esposo, – que ceda mi amorosa pasión, es que un negro presentimiento pesa sobre mi alma.

El recuerdo de la riña del día anterior entre su Julián y Tomás y el espectáculo de esta fiesta, contristado á cada paso por los ataúdes y los fúnebres carros en que trasladan los cadáveres al cementerio del Este, trazado á poca distancia del lugar de la jira, entristecen el corazón de Estrella.

Julián trata de calmarla y distraerla; pero no lo consigue.

El almuerzo comienza. Todos quieren que el ciego cante algunas coplas compuestas *ad hoc* para aquella *juerga*.

El fingido Crisanto templa su guitarra, escupe, anuncia unas peteneras sacadas de su cabeza y canta:

Dos días, Julián amigo,
has de pisar este suelo:
uno el día de tu boda,
otro el día de tu entierro.

Que no permita tu suerte
que en uno, Julián amigo,
por tu desgracia se junten
esos días tan distintos.

Estas coplas caen como un jarrón de agua fría sobre el ardiente corazón de Estrella. Sus presentimientos encuentran eco en todo.

Las coplas del ciego han impresionado mucho á los convidados y aun á Julián.

Una mozuela joven y desgarbada se coloca en el punto mejor para que todos la vean, reprende al ciego sus lobregueces y se arranca por todo lo fino al tenor de estas conocidas coplas:

Cuando yo esté en la agonía
siéntate á mi cabecera,
que en estando tú á mi lado
puede ser que no me muera.

—

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te dí.

—

Antiguamente eran dulces
todas las aguas del mar;
escupió mi niña en ellas
y se volvieron saláas.

Etc., etc., etc...

Cuando las coplas se acaban, una salva de alegres aplausos saluda á la improvisada Patti, mientras un mozo del ventorrillo acerca su boca al oído de Julián para anunciarle que una joven le aguarda á pocos pasos de allí.

A Julián le sorprende dolorosamente esta noticia. Teme que Carmen no le perdone la mala partida que le está jugando. Estrella adivina algo del extraño secreto, nota la impresión que á su Julián le ha producido y trata en silencio de detenerle; pero él, comprendiendo que lo mejor será abordar con franqueza la situación, se desprende de los brazos de la esposa y sale de la venta. Estrella quiere seguirle. Una inoportuna convidada la atrae bruscamente hacia sí y comienza á hablarla.

Julián está ya al lado de Carmen que es la joven que le esperaba.

– ¡Eres tú! – le dice.

– Yo soy, – contesta secamente la interpelada.

– Por Dios, no me apures.

– Cálmate y hablemos.

– Perdona mis ofensas: ya te daré explicaciones en lugar y momento más oportunos; pero ahora tenme compasión.

– ¿La has tenido alguna vez conmigo?

– Carmen, todos los asuntos tienen muchas fases. Las exigencias de la sociedad obligan á veces á cometer sinrazones.

– Ya te disculpas, ya te arrastras á mis pies como una culebra vencida, como un perro á quien su amo va á castigar. Ten dignidad para resistir, ya que no la tuviste para ofender.

Carmen va insensiblemente levantando la voz y Julián exclama:

– ¡Más bajo! Me vas á perder. Ten calma.

Carmen no le hace caso y gritando más continúa:

– ¡Calma! ¿Para qué? ¿Qué puede importarme á mí lo que suceda?

– Piensa que es este el día de mi boda.

– ¿Y he de calmarme yo ante esa circunstancia? ¿Quieres con un segundo crimen disculpar el primero?

– ¡Más bajo, por Dios! – repite sin cesar Julián.

– ¡Infame!

– ¡Perdón!

– No puedo darlo á quien así me ofende.

– Sé que te he faltado. Soy un miserable. Todo lo que tú quieras; pero déjame.

– Cuando acabe de decirte á lo que he venido.

– ¿Qué quieres?

– Que me sigas.

– Imposible!

– Volverás pronto.

– Cuando vuelva, Estrella habrá muerto de celos.

– No se morirá. Piensa en que ella podrá sentirlos un día: yo no dejaré de sentirlos nunca.

– No voy.

Los convidados se impacientan. La ausencia del novio es demasiado larga. Ya comienzan á llamarle. Estrella también le busca.

– ¡Julián!... ¡Julián! – gritan desde dentro del ventorro muchas voces.

– ¿Ves? – dice Julián á Carmen, – me están llamando.

– ¡Julián!... ¡Julián! – repiten las voces.

Carmen ríe sarcásticamente y sujeta por el gabán á su antiguo amante.

– Suéltame, – grita éste, cada vez con más furia.

– No te suelto hasta que obedezcas.

Las voces siguen con insistencia llamando al novio.

Julián se desespera. Los brazos de aquella mujer son de hierro.

– Voy, – responde Julián á las voces.

– No vas, – dice Carmen.

– Que no?...

Y Julián se prepara á descargar su furia sobre aquella mujer indefensa. Ya lo habría realizado si la presencia de Estrella en el umbral de las puertas del jardín de la venta no le hubiera detenido.

– ¿Qué haces? – pregunta agitada Estrella.

Carmen suelta entonces á Julián y éste corre á su esposa aparentando indiferencia, pero Carmen le sigue hasta el mismo corro que forman los convidados.

– ¿Quién es esa mujer? – exclaman algunos.

Carmen llena de improperios á Julián. Sus ojos echan chispas. Sus manos crispadas se retuercen en medio de la mayor angustia. Ya están todos enterados de la seducción de Carmen. El cuadro se anima por momentos. Juana aparece también allí y el legítimo Crisanto se abre paso entre aquella multitud que profiere asustada en voces de asombro.

Cree el ciego ser el único motivo de tanta inquietud y dice:

– No hay porqué asustarse. Sé que alguien se ha propuesto dar una broma. La broma habrá concluído ya y el verdadero Crisanto viene á participar de la alegría de esta fiesta.

El fingido Crisanto se adelanta con majestuoso paso. Esconde en una mano algún objeto. Es una navaja.

– ¿Quién eres tú? – le pregunta Julián encarándose con él.

– Soy el hermano de tu víctima y el enamorado de Estrella, – responde el incógnito.

Da un paso hacia atrás como para apartarse de Julián, después avanza con la navaja abierta, dibuja con rapidez en las mejillas del reciente esposo dos curvas que se tiñen en seguida de sangre y luego, con más rapidez aún, hace bajar la navaja hacia el pecho y la clava en el corazón de su enemigo.

La escena toma caracteres horribles.

Sobre un charco de sangre se revuelca en la agonía el protagonista de aquella fiesta. Estrella y Carmen sollozan junto al que amaron.

El matador, la navaja aun abierta y ensangrentada, contempla á un lado y con faz sombría los efectos de su venganza.

Un corro inmenso va rodeando aquel fatídico grupo.

Ya es casi de noche.

La pareja de la guardia civil no ha llegado todavía.

Todos contienen la respiración sobrecogidos y asustados por el triste acontecimiento.

No se escuchan más que los quejidos del moribundo y los sollozos de la joven viuda.

Se ve á lo lejos subir un tranvía. Sus lucecillas coloradas alumbran el camino.

El tranvía va lleno de gente que entona un aire popular y se acompaña con pies y manos. ¡Cuánto bullicio!

Es otra boda más feliz que vuelve ya de sus fiestas.

. . . .

. . . .

De vuelta hacía rato de nuestro paseo habíamos visto ya el final de tan horrible drama.

Yo no estaba en aquel momento enterado de toda esta historia como ahora lo estoy. Me conmovió sin embargo.

Cuando el tranvía se alejaba y las voces de los alegres viajeros venían todavía á nuestros oídos para mezclarse con los ayes y los sollozos del cuadro descrito, los dos amigos nos apartamos de allí.

– ¿Sigues ahora creyendo que ese pueblo, sin ilustración, no puede inspirar más que bufonadas? – pregunté á Julio.

El, juzgando sólo por el sangriento contraste que acababa de observar, me contestó con voz entrecortada:

– También ocurren dramas en las Ventas. Tienes razón.

F. PI Y ARSUAGA.



LA COMPAÑIA DEL CORONEL CODY (BUFFALO BILL)

1. Relevo de caballo. – 2. Caza de búfalos en el Far-West. – 3. Caza de caballos salvajes con lazo. – 4. Danzas guerreras de los pieles rojas. – 5. Reed-Shirt (Camisa encarnada), jefe de los pieles rojas – 6. Domadura de un caballo salvaje por un cow-boy. – 7. El coronel Cody (Buffalo Bill).

UN METAL NUEVO

DESCOMPOSICIÓN DEL NIQUEL

Regístrase entre los recientes adelantos científicos el descubrimiento del cuerpo simple nombrado *germanio*, realizado gracias á los admirables trabajos del insigne químico alemán Winckler, y en los anales de la ciencia acaso aparezcan descompuestos este año el *teluro*, al presente poco estudiado, y el *níquel* y el *cobalto*, metales bien conocidos, cuyas sales tienen ahora importantes aplicaciones. Pertenecen ambos cuerpos á uno de aquellos grupos naturales mejor definidos y caracterizados. De propiedades muy semejantes, apenas distintos los medios analíticos de investigarlos, á la continua asociados, formando sales de notable parecido, ocupando casi el mismo lugar en las escalas de dureza, maleabilidad, ductilidad, capacidades térmicas, conductibilidad eléctrica y poder magnético, bien pueden calificarse de hermanos gemelos, que contadas veces van separados, antes al contrario, de tal suerte se unen, que escasísimos minerales de níquel se encuentran sin cobalto y es aquél obligado compañero de éste.

No es raro ver en la naturaleza semejantes agrupaciones de elementos afines y aun en formarlas parece haberse complacido, como si quisiera juntar lo producido en cada una de las fases de la nunca interrumpida evolución de su prepotente energía. En esos grupos el carácter individual de los seres, aquello precisamente que más los distingue, parece haberse fundido en el de la familia, y así á pesar, muchas veces, de la diferencia de cualidades externas y de las apariencias de cada cuerpo, dijérase que son aspectos diversos de una sola substancia y no elementos diversos, si dotados de la característica de la familia y desempeñando la función peculiar en ella determinada, poseyendo tal suma de condiciones propias que son bastantes á dotarlos de su individualidad, quizá distinta de la de otros cuerpos menos afines y menos ligados también á los demás de una serie. Quizá estas analogías y semejanzas indiquen la existencia positiva de la *familia natural*, base de la clasificación de Dumas, tratándose de los metaloides, fundamento de lo mejor del sistema de Tenhardt, y cuya expresión más cabal vese acaso en la ley periódica de Mendeleeff, que resume el conjunto de los actuales y posibles cuerpos simples de la Química. Adquiere la conjetura cierto grado de fijeza y certidumbre en aquellas ideas, bellamente desarrolladas por el ilustre sabio inglés William Crookes, en su famoso *Génesis de los elementos*. Para este profesor, que estudió con gran detenimiento la ytria-óxido de un metal perteneciente á uno de estos grupos, el peor conocido y caracterizado, al pasar el *protelo* ó substancia primordial por diversos y sucesivos grados de enfriamiento, hubo de producir y determinar los diversos elementos comenzando la serie en el subtil hidrógeno. Cuando los períodos de enfriamiento fueron largos, la lenta acción del tiempo y de la energía produjo los cuerpos que á semejanza del cloro, el carbono y el oro tienen su individualidad bien definida. Al contrario, los enfriamientos rápidos no dieron tiempo á formaciones acabadas y completas. Entonces no se produjeron los elementos químicos perfectos, sino aparecieron los estados intermedios de una evolución sin terminar, los períodos de un trabajo no concluído, cuerpos que son al cabo también elementos; pero *menos elementos*, si vale decir así, que los reconocidos resultados del lento y detenido trabajo de las fuentes naturales en período determinado. De ahí su poca individualidad, la semejanza de sus propiedades y caracteres, hasta el punto de no acertar con las que los distinguen, como sucede en el confuso grupo de los nombrados *metales terrosos*, el encontrarlos juntos en los mismos minerales, la dificultad de separarlos, la posibilidad del desdoblamiento de cada uno de ellos y de la transformación de unas sales en otras, que respecto de las de níquel y cobalto asegura el notable químico Kruss, haber realizado, empleando sus novísimos y hasta ahora muy poco conocidos procedimientos.

Buenos ejemplos de esto que Crookes llama «almacén cósmico donde se han reunido los elementos detenidos en su desenvolvimiento, faltando los anillos de un darvinismo inorgánico,» ofrece el conjunto de los cuerpos simples de la Química. Ya Dumas, al agrupar, en lo que llamaba familias naturales, los antiguos metaloides, indicaba las relaciones del fluor, el cloro, el bromo y el iodo, siempre juntos, las semejanzas del azufre, el selenio, el teluro y el oxígeno, las del nitrógeno y el fósforo y las del boro y el silicio. Despues Tenhardt, estableciendo los grupos de metales, aunque no extendía tanto las analogías, indicaba lazos de parentesco tan estrechos como los que unen al zinc y al cadmio, al níquel y al cobalto. Si consideramos la llamada familia del platino, á cuya cabeza va este metal, poco se distinguen entre sí el sodio, el rutenio, el osmio, el paladio y el iridio que le acompañan; las asociaciones del zinc, el galio, el iridio y el cadmio son harto frecuentes; no hay caracteres que distingan el ytrio, el didimio, el cesio, el samasio, el escandio, el holmio, el tulio, el erbio, el iterbio, el decipio y el filipio, cuerpos simples siempre juntos y cuya respectiva individualidad está puesta en tela de juicio. El cromo, el manganeso, el hierro, el níquel y el cobalto, constituyen acaso el grupo más natural y mejor determinado de los hasta ahora conocidos y basta fijarse en que sus propiedades físicas forman serie y sus afinidades para el oxígeno se determinan en la constitución de óxidos, cuyo número es mayor tratándose del hierro, el manganeso y el cobalto.

Apenas se diferencian éste y el níquel: sólo las sales del último son amarillas ó verdes y azules ó rosáceas las de aquél; en cuanto á lo demás y fuera de la abundancia del níquel, ahora fabricado en grande escala gracias al mineral de Numea, no hay un carácter marcado que los diferencie y determine la individualidad de cada uno. Sus equivalentes iguales, sus pesos atómicos casi idénticos, las escasas diferencias de densidad, poder conductor térmico y eléctrico, y la circunstancia de hallarlos juntos, hicieron sospechar si se trataba en realidad de dos estados alatrópicos de un solo cuerpo, meras apariencias que reconocerían por causa diferencias más leves que las reconocidas entre el boro amorfo y el diamantino; mas en vano se buscaban medios de sintetizar el elemento que debieran formar el níquel y el cobalto, cuyas sales tampoco se convertían unas en otras, bien es cierto que jamás en la Química se consiguió unir dos cuerpos simples y formar un tercero, ni desdoblar un elemento en otros y que el pelopio, el danio y el wasio, tenidos alguna vez como cuerpos simples, no se redujeron á otros para demostrar que eran óxidos de algunos ya bien conocidos y determinados.

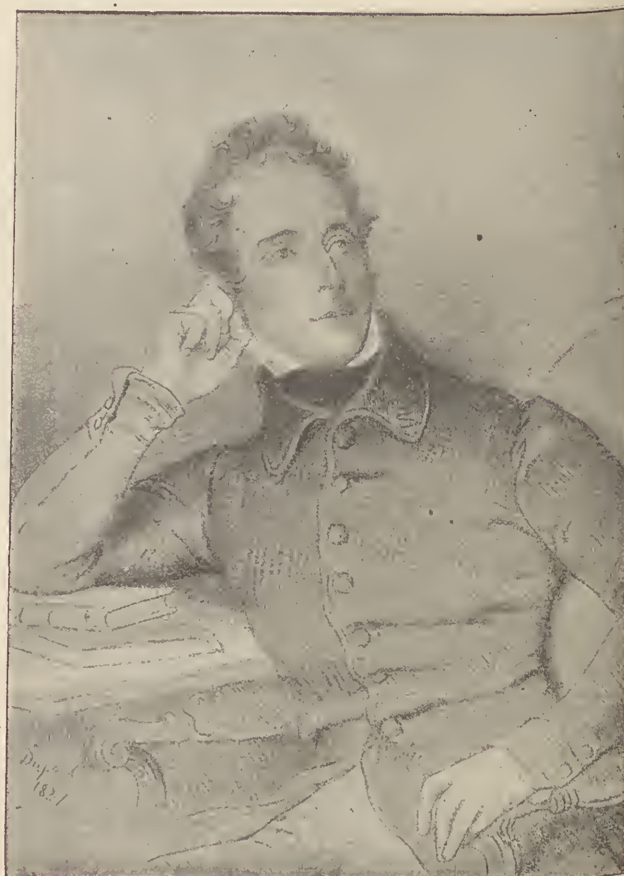
Cada cuerpo simple de la Química se caracteriza siempre mediante un número, expresión tan fiel cuanto es posible de su valor en las combinaciones: este número es, por decirlo así, su propia individualidad química, se obtiene mediante experimentos, se rectifica muchas veces y representa el límite hacia el cual tiende el peso del volumen de ese cuerpo capaz de combinarse con el peso unidad de un volumen de hidrógeno. Este número – llamado equivalente refiriéndolo sólo á cantidades ponderales y peso atómico si se refiere á volúmenes–es igual ó casi igual en el níquel y el cobalto, y de aquí viene suponer ó que los equivalentes y pesos atómicos de muchos cuerpos estaban mal determinados ó que eran un solo y único elemento químico. No era la primera vez que esto se decía á propósito de otras substancias y aun este mismo año el *teluro* fué objeto de nuevo estudio y resultó que su equivalente estaba mal determinado, de tal suerte que para entrar en la serie de Mundeleeff es menester considerarlo formado de dos cuerpos simples, uno el teluro conocido y el otro sin nombre todavía.

Tomó á su cargo el famoso químico alemán Winckler rectificar los pesos atómicos y los equivalentes del níquel y su hermano gemelo el cobalto. Habilísimo analista, apto en las más delicadas operaciones de la Química y tan sagaz investigador que logró, poco ha, descubrir y aislar el elemento *germanio*, consagróse al trabajo, inventó un procedimiento fundado en el empleo del cloruro de oro, á fin de poder pasar este cuerpo al estado metálico y deducir, al punto, la cantidad de níquel y cobalto que pudieran substituirle en sus combinaciones: los números resultaron casi iguales á los conocidos é idéntica su relación, lo cual parecía indicar que era menester desistir de la idea de transformar en un solo cuerpo el níquel y el cobalto. El químico de Munich Kruss, ensayando el procedimiento indicado, encontró repetidas veces anomalías en el peso del oro, y como empleaba en sus minuciosos trabajos sales purísimas, hubo de atribuirlas á la presencia de un cuerpo nuevo contenido en el níquel y en el cobalto. Desde luego anunció su existencia, diciendo que en ambos cuerpos se halla en la proporción de dos á tres por ciento. Winckler, seguro de la eficacia de su método, sometiólo á nuevas pruebas y de nuevo trató de hallar el peso atómico de los metales en cuestión, llegando á los mismos números antes determinados, sin haber encontrado las anunciadas anomalías. Entonces Kruss presentó nuevas é importantísimas notas á la Sociedad Química de Berlín, en las que se consigna, de manera terminante y categórica, el desdoblamiento del níquel; mas, poco explícito en sus comunicaciones, el químico de Munich no entra en los pormenores de sus trascendentales trabajos, y he aquí algunos detalles.

Cuando á la disolución de una sal verde de níquel se añade otra de sulfhidrato amónico, se forma un abundante precipitado negro de sulfuro de níquel, cuyo cuerpo, después de recogido y seco, puede someterse en un crisol á la temperatura del rojo vivo y se transforma en óxido, no soluble totalmente en algunos ácidos, sino dejando un residuo que es la combinación oxidada del nuevo metal contenido en el níquel: las sales de éste son verdes, las de aquél amarillas, y no se precipitan con los mismos reactivos. Se trata, pues, de un nuevo cuerpo simple, ya aislado al decir de Kruss, bien diferenciadas sus sales, capaz, á lo menos, de una combinación muy estable con el oxígeno y bien distinto del níquel y el cobalto que lo contienen. Este nuevo cuerpo simple no tiene nombre todavía, ni pasa, en el momento actual, de mera curiosidad científica y muestra de la eficacia del experimento en todo linaje de investigaciones. Son, no obstante, dignos de atención ciertos particulares: la identidad del níquel y el cobalto no se establece ahora reduciéndolos á un cuerpo nuevo, sino extrayendo de ambos un elemento común y quedando en cada uno otra substancia distinta, simple ó compuesta. Cierto que es la primera vez que se consigue desdoblar un elemento químico; pero no lo es menos, al sacar de dos el mismo cuerpo, que éste determinaba sus semejanzas y analogías y de ello ha dado el mismo químico Kruss la prueba anunciando, á la citada Sociedad Química de Berlín, sus procedimientos para transformar las sales rosadas de cobalto en sales verdes de níquel y viceversa, inaugurando acaso nuevos métodos de conseguir buenos esmaltes y finas pinturas sobre porcelana á que se destinaban las sales de cobalto.

Desdoblar un metal no es transmutarlo en otro, ni puede significar nunca el comienzo de trabajos experimentales para llegar á la unidad de substancias, que ha de verse demostrada precisamente en la indefinida variedad de sus formas y apariencias: lejos de tal idea, el desdoblamiento del níquel, la descomposición de lo tenido hasta aquí por simple é indescomponible, significa y demuestra la eficacia y alcance de los medios de análisis y cómo sus términos y límites van ensanchándose á medida que á nuevas cosas se dirigen. La electrolisis primero, el espectroscopo después y ahora las rectificaciones de equivalentes y pesos atómicos, que tanto necesitan ser comprobados, revelan la existencia de nuevas formas de la energía, que tomamos por las más definitivas y representan, en el momento, un límite; por eso se les llama cuerpos simples. Muchos de ellos, acaso todos, aparecerán, pronto ó tarde, compuestos ó mal conocidos, como lo son hoy el teluro ó el ytrio; siempre quedarán en pie la eficacia de los métodos y el valor de este trabajo experimental, labor fecunda y magnífica, cuyos resultados á cada punto admiramos.

José Rodriguez Mourelo



LAMARTINE acuarela de Enrique Duport (Exposición central, París)

ESTADO DE LA POESIA FRANCESA EN 1889

I.

Lejos está ya el tiempo en que un volumen bastaba á Teófilo Gautier para resumir y describir el estado de la poesía, cuando en una Memoria dirigida al emperador Napoleón III sin timidez ni arrogancia, se atrevía á alabar á su maestro, el poeta de los *Castigos*. Actualmente tales acontecimientos se han sucedido, tales revoluciones se han desencadenado. tales cataclismos se han producido, que para hacer su historia serían menester veinticinco volúmenes y hasta una enciclopedia. Ahora bien, no pudiendo decirlo todo, debo atenerme á las principales indicaciones y á las líneas iniciales En esta confusión, en este tumulto, en este acumulamiento de ruinas, de vegetaciones, de despojos, de ramas y de hojas en desorden, hay que avanzar con el hacha en la mano, como en un bosque virgen. Pero lo esencial es avanzar, pasar adelante, siquiera tengamos que estropearnos los brazos y aun la cara.

Es repetir un lugar común reiterar esta verdad incontestable: ningún siglo fué tan grande como el nuestro en poesía. Sin contar los jóvenes cantores, los nuevos, los recién venidos, esta edad cuenta treinta poetas acaso, de los cuales uno solo hubiera bastado para ilustrar una época. Abrese esta edad con Andrés Chenier, que nos muestra el cielo azul, los dioses, los puros horizontes; Lamartine se cierne, vuela, se lanza al infinito con las alas de la Inspiración y de la Plegaria; Musset canta con puro y divino acento el dolor humano. No hablo de Víctor Hugo todavía, porque muy luego he de hablar de él solo.

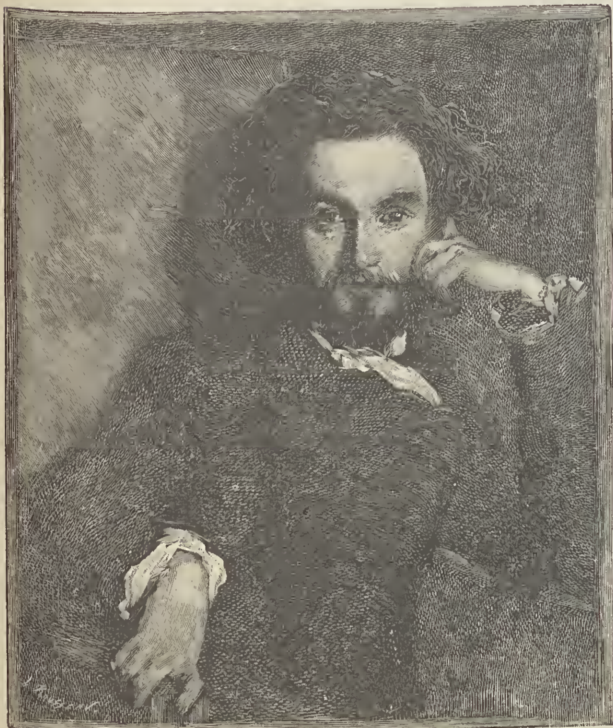
Así, grande por el sentimiento y por la idea, artista más puro sin duda ninguna que sus predecesores, Teófilo Gautier es un vidente, un sabio, un ingenuo, un cantor de la raza de Homero. Sainte-Beuve, qué se le adelanta medio siglo, expresa ya los matices, los sentimientos delicados, las impresiones sutiles de que se preocupará más tarde la Poesía tan ardientemente. Sus *Pensamientos* tienen en sus alas ese polvo de azul y de púrpura que se ve en las alas de las mariposas y la Musa puede tocarlos sin que esta púrpura se pegue á las puntas de sus divinos dedos.

Y al lado de estos, ¡cuántos otros poetas excelentes y

encantadores! Beranger, Houssaye, Hegesippe, Moreau, sonriendo y llorando, inclinado sobre la clara onda de Voulzie. Y al lado de ellos se oye también cantar y gemir con lágrimas de amor á esa ilustre princesa, á esa moderna Safo, á la gran Valmord.

II.

¿Y quién se atreverá á decir que después de ellos se ha debilitado la poesía? Amplio, puro, inteligente, desplegando las grandes alas de su genio, Leconte de Lisle, es un creador, ciertamente bien moderno, pero cuyos poemas tan seguros están de la inmortalidad, como si el poeta hubiera vivido en otro tiempo. Teniendo en sí la varonil tristeza, la sublevación, el desgarro de la vida moderna con la precisión que le enseñaron Agripa de Aubigné y Regnier, sabiendo pintar con palabras la suntuosidad de



BAUDELAIRE EN 1844: retrato de Emilio Deroy.

(Exposición central, París)

las telas, la singularidad de la belleza femenil, la triste voluptuosidad en la calma y en el orden, el columpio de la agitada y halagüeña mar, un Baudelaire, ¿no sería por sí solo toda el alma de un tiempo inquieto y complicado, ávido de emociones deliciosamente divinas y que no logran ya encantar las ficciones malamente llamadas clásicas?

Lo repito é insisto: no conozco época más magnífica y poderosa que la nuestra. Extraordinariamente chistoso y lírico y al mismo tiempo servido por una nulidad verdaderamente francesa, Augusto Bacquerie bebió en la fuente de Shakespeare y su *Tragaldabas*, una de las grandes comedias de este siglo, vivirá con la poesía además al lado de *Robert Macaire* y de los *Saltimbanquis*. José María de Heredia se hizo dueño del Soneto, se lo hizo suyo y dijo con su orgullo oriental: Este poema es mío; amalgamó sus metales en su ardiente fragua y este forjador de oro hace sus obras maestras con el entusiasmo y delicadeza de un Benvenuto.

Francisco Copee, el gran dramaturgo, es al mismo tiempo el que lleva la palabra por los que sufren, por los humildes, por los abandonados, por los pobres, y este pintor exquisito de las tristes calles, de los bulevares exteriores, de las niñas enamoradas, es también el brillante romántico del *Passant* y con ruda y violenta bravura ofrece sus labios al rojo, al sangriento beso de la historia.

Nada ha peligrado. Un paisaje, una escena doméstica de Andrés Lemoyne, con sus detalles minuciosamente estudiados, vale por los mejores cuadros de los flamencos. Sully Prudhomme, tan poéticamente filósofo, arroba las almas con su canto puro como el sonido de una flauta y armonioso como una voz de cristal. Entre los más jóvenes, he aquí á Francisco Fabié, animalista de la raza de Barye, pintor de los campesinos y de la naturaleza, de la familia de Millet. La lengua cómica del verso, que Racine buscaba ya en los *Plaideurs*, la voz que suena atrevida y valiente en la obra artística del llorado Alberto Glatigny y aun después las quejas de Valmore pudieron escuchar las de Malvina Blanchecotte que conmovían tiernamente á Lamartine.

III.

Y todavía pudiera citar otros cien poetas, todos ellos con invención, talento, habilidad de ejecución, el apetito de lo moderno y la nostalgia de los países lejanos y de las edades desvanecidas; y en primera línea, entre éstos, Juan Richepin y Mauricio Bouchor, ambos á dos jóvenes, bien que ya hayan hecho una carrera ilustre.

Pero ¡ah! mientras me deleito así en admirar nuestras riquezas, oigo alaridos, clamores, grandes gritos de dolor y desesperación. – ¡Todo está perdido! ¡Todo se hunde! He aquí á esos revolucionarios, á esos jacobinos y nihilistas de la poesía, á los decadentes, á los delicuescentes, á los simbolistas, á los instrumentistas de todos los otros sublevados. Acabó el ritmo, la rima, todo lo que se adoraba: todo lo han roto y pisoteado; sí; han pisoteado las reglas, como los caballos de los bárbaros pisotearon la loba y sus cachorros. ¿Y quién tiene la culpa de todo esto?

El discreto, el audaz y paciente Víctor Hugo había renovado, refundido, creado de nuevo la poesía. Para llegar al progreso necesario é inevitable, bastaba que todos, amigos y adversarios, quisieran de buena voluntad seguirlo, aprovecharse de sus conquistas, hacer otras á sus huellas é imitar su espíritu pacificador. No sucedió así, por desgracia; mientras los jóvenes en su fogosa impaciencia, querían inmediatamente y sin demora los perfeccionamientos cuya realización exige años, la estúpida reacción clásica, de cuya inepcia puede aun juzgarse por escritos recientes, se obstinaba en combatir á Víctor Hugo.

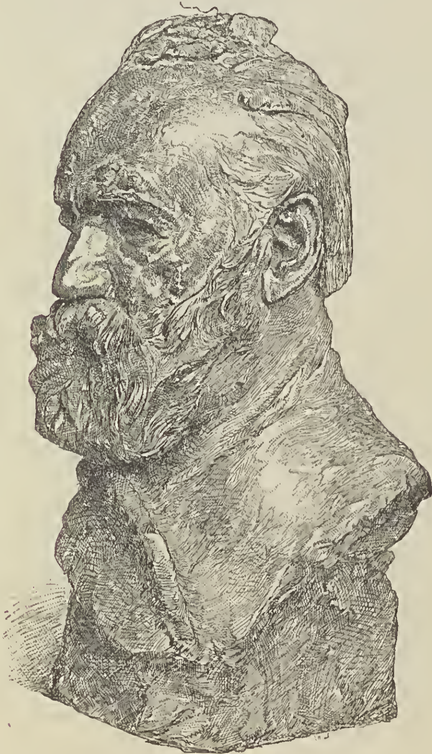
Pero se me preguntará qué es lo que entiendo por la palabra *clásico*, y se tendrá razón, porque para entendernos bien, es preciso, ante todo, definir claramente los términos.

Los modelos que preconizan los clásicos persistentes y empedernidos, ¿son Corneille, Racine, Molière, Boileau? De ninguna manera, porque estos hombres son grandes genios, es decir lo que execra muy particularmente el espíritu ó la falta de espíritu académico y universitario. Lo que ellos alaban con insistencia, lo que adoran rencorosamente es la innoble, la abominable cola de Voltaire versificador, es la versificación de los trágicos, de los idílicos, de los didácticos del siglo XVIII, muelle, incolora, bivertebrada, sin sangre en las venas, y que se puede cortar impunemente en tantos pedazos como se quiera, como los infusorios y la galleta.

IV.

Ciertamente, no era menester más. Bastaba ¡en 1888! sustraerse á la tiranía de Le Notre, á la cual no obedecen ya los jardineros mismos. Las cosas han pasado en poesía, como habían pasado ya en política. Negándonos la adjunción de las capacidades, se nos dió el sufragio universal: de igual manera, rechazando las victorias de Hugo, el espíritu universitario ha desencadenado la anarquía. Y bien, la anarquía; en hora buena: todo vale más que la insulsez á que se llega por todos los caminos en nuestra lengua clara, pero fácilmente seca, y á la que nos anima Molière, porque este gran combatiente aparenta ignorar que el énfasis forma parte de lo sublime y á menudo hiere la frente descubierta y divina de Esquilo pretendiendo herir sólo al marqués de Mascarilla.

Para destruir un pasado persistente, aunque podrido, los jóvenes lo atacaron brutal y violentamente, sin respetar nada; pero como dice Racine: Todo era justo entonces. Ello es cierto que, queriendo renovar la poesía fueron demasiado perfilados y sutiles; pero ¿no tenían razón en estar exasperados por la interminable revista de los bomberos clásicos, insoportables, aunque muertos? Como agua encerrada y comprimida, el genio poético rompió los tu-



VÍCTOR HUGO: bronce de A. Rodin.
(Exposición decenal, París)

bos, los receptáculos, los diques: no vemos más que desorden, despojos y escombros; pero el agua volverá buenamente á su nivel y volverá á correr magnífica y limpia á los rayos del sol.

En suma, todas las reivindicaciones de los recién venidos eran justas y lo son. Las resumiré rápidamente. Toda poesía es música, y esta música, absolutamente ausente de la poesía clásica, es preciso que resucite con sus voces, sus gritos de triunfo, sus sollozos y sus murmurios. Todas las supuestas reglas que quieren cortar en el mismo punto el ritmo del verso y el sentido de la frase son estúpidas, porque la lengua de los versos existe desde el principio del mundo, y nunca se ha cortado la frase con el ritmo, excepto bajo la tiranía del jardinero Le Notre. En todos tiempos, salvo éste, el pensamiento y el canto han sido libres, independientes uno de otro. Ved los derechos de una sola letra, de un tercio de palabra, de media palabra en Píndaro. Ahora bien, para que un cocodrilo exista en esta cualidad es indispensable que sea semejante é idéntico á otro cocodrilo del tiempo de Amenotep ó de Ramsés Sestesu-Ra. Por más que digáis ¡genio particular de la lengua francesa! este genio no hará nunca que las carpas galopen en la llanura, ni que los elefantes vuelen por los aires.

Una de las más justas reclamaciones tiene por base una verdad que la novela moderna ha desconocido en su daño, y es esta: Ahora que la imprenta existe desde hace siglos, y que cada ciencia tiene su lenguaje especial, preciso y técnico, la poesía no podría ya, por ningún título, ser didáctica, ni la ciencia ni la moral tienen que ver ya con las canciones. Pintar impresiones de la naturaleza, estados del alma, detalles infinitos del sentimiento, magnificencias de sonido y de luz, tal es el oficio de este gran arte, que gana en altura y profundidad lo que pierde en extensión.

El primer poeta moderno que ha sentido todo esto, solicitado por el alma musical, es Esteban Mallarmé. Despues de él, el delicado Verlaine ha querido emancipar el canto de toda materialidad, habiendo proscrito hasta la rima, que es la vida, la idea, la energía del verso francés, y de que tenemos rigorosamente necesidad para huir de la insulsez no teniendo el recurso de las sílabas breves y largas.

No sin razón acusa Verlaine á la rima de haber servido para muchas infamias y no pocos crímenes; pero ¿no puede decirse lo mismo de todas las nobles armas? Sin embargo, la espada viene á ser divina, cuando Aquiles la hace resplandecer al sol para reconquistar á Elena, la de los hermosos cabellos; y el arco también es divino, cuando Apolo se sirve de él para exterminar las hidras de los apestados pantanos.

V.

No puede reprocharse á la Revolución de haber sido demasiado impaciente ni de haber sabido reprimir el enojo que le inspiraba el funesto y detestable espíritu universitario; y sin embargo, lo repito, hubiera valido más creer en Hugo, seguirlo, obedecerlo y confiar en él, como quiera que lo tenía todo hecho, todo trasformado y reunido en sus poderosas manos. El encontró con toda su amplitud, con todo su arranque y gracia esta música del verso que nuestra alma quiere y reclama. Es propio de la estrofa lírica llegar de un golpe á su perfección, y el Hugo de las *Orientales* es tan grande y completo como el de las últimas obras.

Mas para llegar á ser lo que es ahora el alejandrino, que entre nosotros reemplaza el hexámetro heroico y debe servir para la tragedia, para la comedia y el drama burlesco, exigía muchos otros esfuerzos. Materialmente demasiado corto con sus doce sílabas, sólo con el más prodigioso artificio llega á ser tan amplio como es necesario, y al mismo tiempo ligero, atrevido, rápido, ágil, prestándose á todas las libertades y á todos los cortes, debe, sin dejar de ser grande, plegarse á todos los sobresaltos, á todas las fantasías y á todas las gracias. Inspirándose en los antiguos, en los grandes franceses del siglo décimoquinto, y también en los maestros del renacimiento, hubo de invertir Víctor Hugo más de medio siglo en crear, en perfeccionar, en hacer superior á todo, este instrumento poderoso y extraordinario que hace todos los milagros y al que nada resiste.

El alejandrino era bello, sólido y rico en las *Hojas de Otoño* y *Luz y sombra*. ¡Cuánto más no lo sería en las *Contemplaciones*, donde se parece á un río caudaloso! En el *Torquemada*, y en el *Fin de Satán*, llega á una fuerza, á una majestad, á una flexibilidad que no se sospechaba; pero su expresión definitiva está en ese *Teatro en libertad*, donde es variado, diverso, inmenso, infinito como la naturaleza. Allí tiene la fuerza del gigante y la gracia infantil, la fronda de la encina secular y la gentileza de la florecilla recién abierta. Como la lengua de La Fontaine, hace hablar á todos los seres de la manera que les es propia.

Amigos y enemigos, nadie ha estudiado bastante, ni bastante conocido ni consultado á Víctor Hugo. Todo lo que queremos tenía para nosotros; todo lo que reclamamos, todo nos lo daba: conciliaba el esplendor y la regla, la libertad y la ley. No había más que fiarse de él; pero todavía es tiempo. Es menester, no imitar á aquella águila, lo que sería absurdo, sino seguirla también, hasta donde nos sea posible, y ya sería bastante para entrar en la verdad y en la luz.

TEODORO DE BANVILLE.

UNA DEDICATORIA

Anduve como un azacán buscando un editor para mi tomo de poesías; mas todos, con distinta melopea, pero con el mismo tono, me decían:

«No publico versos.»

Si les preguntaba la razón, me replicaban con respuestas capciosas; y como todos estaban acordes, yo cada vez más asombrado me hacía el siguiente dilema:

Puesto que no publican versos, es que no se leen, *ergo* los poetas huelgan, ó la humanidad ha estado y está equivocada coronando al Dante, á Tasso, á Corina, á Quintana y á Zorrilla.

Por si acaso los editores eran los equivocados, insistí, con el empuje que dan los veinte años de edad y una primera colección de versos, y por fin encontré un editor que me recibió amablemente y me dijo:

«Si quiere V. dejarme su original y volver dentro de unos días, veremos.»

Dejéle aquellos pedazos de mi corazón, ó sea mis versos, y volví al séptimo día.

Me recibió en el templo, porque una librería es el templo de las letras, más ó menos profano, según se escurra menos ó más por las pendientes del realismo y de la pornografía.

El bonzo de aquel templo llevóme á un rincón y me dijo:

«Mi querido poeta...»

¡Su querido poeta! ¿Comprenden Vds. la importancia de esta frase, que fué para mí de feliz augurio?

– Mi querido poeta, los versos de V. no valen un comino.



Mi querido poeta, los versos de V. no valen un comino.

– ¡Ah! – exclamé yo haciendo una mueca horrible.

– Se parecen – prosiguió él – á los de todos sus compañeros de Parnaso. No debe V. esperar de ellos ni rentas ni capellanías. Sin embargo, en toda cosa, hasta en los versos, puede haber negocio comercial.

– ¿Negocio?

– Sí, negocio de gloria, aunque sea falsa, ó de posición social ó de lo que V. quiera.

– No comprendo, – dije con profundo desaliento viendo desvanecerse mis sueños de poeta.

—¿Tiene V. relaciones?

– Conozco á todos los poetas, escritores, músicos y danzantes.



¡Mis coplas!

– No es eso, me refiero á relaciones importantes; por ejemplo, un personaje á quien pueda V. dedicar sus coplas.

– ¡Mis coplas!

– Siempre es conveniente una dedicatoria; por lo menos hay probabilidades de colocar algunos ejemplares, bajo los auspicios del destinatario. Veamos, repase V. la memoria.



– Se trata de buscar un barbián á quien dedicar sus versos.

– Pero...

– Teodoro de Banville ha tenido la bondad de alentarme, y espero...

– ¡Bah! todos lo mismo! – me interrumpió. – Es imposible hacerles comprender una idea práctica. – Después, suavizándose, repuso:

– Se trata, incauto joven, de encontrar un personaje eminente: un *barbián*, como dicen en Andalucía.

– Pero...

– Nada, amiguito, ahorremos palabras, porque tengo prisa. Si V. halla un barbián ó una barbiana, puede que me decida á publicar las coplas de V. Adiós! y hasta la vista, si nos vemos. Ahí tiene V. su original.

Y devolviéndome mi tomo manuscrito, se marchó precipitadamente, dejándome, como vulgarmente se dice, con un palmo de narices.

Desde entonces, sentí intermitencias de confianza y de desaliento. A veces creía efectivamente que mis versos no valían un *comino*, en otras por el contrario estallaba mi orgullo de poeta.

Pero en el fondo aquel hombre tenía razón: buenos ó malos, para ser aquilatados, mis versos necesitaban ver la luz pública, y para esto era preciso buscar un *barbián* ó *barbiana* á quien dedicárselos.

Algunos días después vagaba al acaso, pensando, siempre pensando.



¿Cuánto costará la edición?

Mirando distraído al escaparate de un editor de música, me fijé en una pieza musical: *El soneto de Arvers*, de Jorge Bizet.

Aquello fué un rayo de luz.

Había encontrado *la barbiana*, que era una marquesa de contrabando, pero rica, pretenciosa, sentimental y poética.

La escribí, me contestó con una carta bastante abultada. Corrí á casa del editor y le dije:

– ¿Publica V. mis versos?

– No me atrevo.

– Ni hace falta, los imprimo por mi cuenta.

– ¡Ah! eso es otra cosa.

– ¿Cuánto costará la edición?

– ¿Cuántos ejemplares?

– Cuatro mil.

– ¿Qué papel quiere V.?

– Superior.

– ¿Qué portadas?

– Superiores.

– ¿Con grabado?

– Sí, un mar azul...

– El mar suele ser verde...

– Un mar azul, porque mi colección se titulará: *Rimas azules*.

– ¡Qué bien sentaría el verde!

– Eso es una inconveniencia.

– No se incomode V., será azul el mar. ¿Qué más?

– Un cisne hundiéndose en el mar.

– ¿Y qué quiere significar eso?

– Aunque á V. no le importa, voy á explicárselo. El cisne soy yo, el poeta...

– Ya.

– Y el mar es el de la pasión...

– Entendido, entendido. He procurado calcular el precio del dibujo y grabado.

– Total ¿cuánto?

– ¿Cuánto... cuánto?... Cuatro mil francos. Dos pagados al contado.

– ¡Caramba!

– Quizá otro se lo hará á V. por menos, pero será un buñuelo indigno de un cisne del Parnaso que se hunde en el mar.

Cuatro mil francos era precisamente la cantidad que me había enviado la marquesa; me quedaba sin un cuarto; pero no vacilé, porque aquella casa editorial tenía fama de imprimir primorosamente. Ante todo el decoro poético.



Hice mi viaje...

– Sean los cuatro mil francos. ¿Cuándo estará la edición?

– Lo más pronto posible, aunque mi imprenta está muy atareada.

– ¿Cuatro mil ejemplares?

– Por supuesto. ¿Tiene V. dedicatoria?

– Sí, aquí está, – dije desdoblando un papel. – Primero el título del libro, con el nombre del autor.

– Claro.

– Luego esta frase: *A la que no puedo nombrar*. Más abajo, este cuarteto de un soneto de Bizet:

Siento dentro de mí la eterna llama
De un amor tal vez sombra, quizá estrella.
Yo sufro, pero nunca sabrá *ella*
Que existe un corazón que sufre y ama.

– Perfectamente.

– Tirará V. las pruebas, para corregirlas inmediatamente, porque quiero descansar en el campo algunos días. Usted no sabe lo que fatiga el hacer versos, aunque, como los míos, no valgan un *comino*.

– Me lo figuro; ¡eso de buscar consonantes! Gloria, pepitoria, palinodia.

– Palinodia es asonante.

– Dispense V., soy profano...

– Antes de arreglar toda la edición, me manda V. tres ó cuatro ejemplares.

– Bueno.



Cuadro sinóptico.



¡Es usted un mamarracho!

– Pues no hay más que hablar.

Hice ademán de marcharme, pero el editor me detuvo.

– Dispense V. En casa se hace arqueo por año nuevo y por San Juan, y quisiera que arreglásemos cuentas.

– ¿El dinero adelantado?

– Si á V. no le molesta.

– Está bien, – dije, sacando la cartera y dándole dos billetes de mil francos.

Reprimí un suspiro, pero ¿qué hacer? Ante todo la gloria.

Algunos días después corregí las pruebas de mis versos. ¡Qué pruebas! Habían puesto, entre otras cosas, *melequetón* por melocotón. Hallábame rendido de emociones, y me acordé de una viudita, amiga mía, que estaba de temporada en el Vesinet y me había invitado á pasar allí algunos días. Era ella muy amante de la poesía y además estaba muy triste. Determiné consolarla, si podía, y pasar á su lado el tiempo que faltaba hasta la publicación de mi libro. Me parecía de efecto, eclipsarme como una estrella errante, para aparecer de nuevo rodeado de deslumbrantes prismas líricos.

Hice mi viaje, pero aquel idilio de la viudez duró poco. En el Vesinet recibí una esquelita del editor, que decía: «Ya tiene V. corrientes cuatro ejemplares: el resto á toda prisa.»

Volví á París, murmurando el verso de Musset:

Ser poeta es ser rey del cielo y de la tierra.

Recogí los ejemplares, los mandé á su destino, y esperé...

No tuve mucho que esperar. El editor fué un prodigio de actividad.

Un día... *dies iræ*, salí á las diez de la mañana, pensando en almorzar en un restaurant por un franco cincuenta céntimos. Fijé mi vista en el escaparate de una librería y ¡oh! ¡momento supremo! allí estaba mi libro, flamante, coquetón, irresistible, con una portada de color de caña dulce, y mi nombre encima, y más abajo esta inscripción en letras de color de cielo:

RIMAS AZULES

Y más abajo, un cisne de elegante cuello medio sumergido en un mar borrascoso.

¿Comprenden Vds. mi emoción?

Ya no pensé en el chiscón de franco y medio: era indigno de mí. Aunque sólo poseía un luis, decidí almorzar en casa de Brevant, con ostras verdes de Marennes.



¿Cómo en la cueva?

Mientras saboreaba aquel almuerzo digno de Apolo y de Víctor Hugo, me tracé mi plan.

Desde hace tiempo sentía una afección de corazón hacia una joven encantadora, rubia como Margarita y tierna como Ofelia, huérfana de un coronel muerto en el sitio de París, y que vivía en compañía de su tía, señora antigua y consagrada por el uso. Nunca había declarado á mi amada Elodia mi amorosa simpatía, pues temía caer en las redes del matrimonio, porque francamente, un poeta de veinte años, inédito, no debe pensar en semejante maniobra. Hacía tiempo que no veía á mi dulce tormento. Habíala enviado uno de los cuatro primeros ejemplares de mi libro; y aquella mañana un poder irresistible me llevó á su casa:

CUADRO SINÓPTICO

La tía.	*Apretón de manos silencioso, mirada lánguida. Toma mi libro de encima de un velador, y me señala la dedicatoria, diciendo «¡Hijo, querido hijo: puede V. nombrarla!»*
La sobrina.	*Entra como un huracán y dice: Sí, amado mío: «puedes nombrarla.» Y se arroja á mi cuello. La tía se desmaya.*
Yo.	...Me voy.

Después del amor la gratitud. Ardía en deseos de demostrársela á la amable marquesa, mi amiga y mi Mecenas. Habíame limitado á mandarla mis versos, pero titubeaba en ir á su casa, por recelo de hallarme con su marido, hombre violento, mal encarado y escamón. Pero supuse que aquel día debía estar en la Cámara, donde había una sesión borrascosa, porque era senador, y me decidí á visitar á su generosa consorte.



Puede usted llevarse la edición mediante la entrega de dos mil francos...

Nunca lo hubiera hecho. *Ella* estaba en cama con un fuerte catarro y me recibió él, el marido, el más feroz de todo el gremio.

Saludóme friamente y con voz cavernosa me dijo:

«Hay reticencias que equivalen á las más amplias declaraciones. La dedicatoria del libro de V. es un atrevimiento y una impertinencia. ¡Es V. un mamarracho!»

Mi orgullo de poeta en escaparate se exaltó; le contesté mal, nos enzarzamos, al siguiente día nos batimos, y aquel ostrogodo me propinó un sablazo en un costado, que me hizo ver las estrellas. La herida me produjo fiebre y la fiebre delirio, de suerte que durante mes y medio no pude dar cuenta de mi persona.

Cuando me restablecí volé á casa de mi editor.

– ¿Y mi libro?

– En la cueva.

– ¿Cómo en la cueva?

– Sí, allí está toda la edición, porque los libreros me han devuelto los ejemplares expuestos. No se ha vendido ni uno. Puede V. llevársela, con la entrega de los dos mil francos que faltan para el completo pago de la edición.

¡Ay! sí, me la llevé. Está en mi casa. Aviso á los aficionados.

¡Cuatro mil francos tirados á la calle y un sablazo! ¡Ah! ¡Poetas líricos, aprended de mí!

CLAUDIO COUTURIER

LOS MODELOS

ESCENAS DE LA VIDA ARTÍSTICA

Supone la generalidad de las gentes, que *un modelo* es un individuo, dotado por la naturaleza de formas irreprochables, y de un vivo sentimiento de la belleza de las actitudes, que ora desnudo, ora disfrazado con los trajes que le proporciona el artista sirve á éste de tipo para la ejecución de una obra plástica ó gráfica. Ayudan á formar esta creencia, las historietas y anécdotas, que se refieren en los estudios y academias, acerca de la superioridad y travesura de los modelos parisienses, y del carácter é inteligencia estética de los italianos, especialmente romanos, que se dedican á este oficio.

Y sin embargo, en nuestra patria esta creencia no es del todo exacta: por regla general y salvo contadas excepciones, la profesión de modelo no es tal profesión sino simplemente un recurso que toman algunos sujetos acosados por la necesidad y que abandonan tan pronto como encuentran otro medio más seguro de ganar la subsistencia. Esto se comprende fácilmente, pues á pesar del gran desarrollo que de algunos años á esta parte ha adquirido el arte nacional, no puede compararse ni por el número de artistas ni por la importancia de las obras ejecutadas, con el movimiento y la vida que existe en las grandes capitales del extranjero, donde un modelo que ofrece buenas condiciones puede estar seguro de encontrar ocupación continua y bien retribuída.

Por otra parte, la diversidad de tipos que exige la pintura moderna y las tendencias realistas de la misma, ha disminuído en gran manera el aprecio de los modelos clásicos que han tenido que refugiarse en las clases de las Academias, pues en los estudios particulares, apenas se necesitan ya Adonis, Hércules ó Apolos. Esto con relación á los hombres, que en cuanto al bello sexo ofrece el asunto caracteres distintos que merecen por sí un artículo especial.

Sentados estos precedentes fácilmente comprenderá el lector cuántas fatigas y sinsabores tendrá que sufrir el artista que, no contentándose con los modelos conocidos y cien veces copiados en las clases, se forja un tipo en su imaginación y se decide á buscarlo por esos mundos de Dios. Una vez hallado algo que se aproxime á lo que desea, entra la gravísima tarea de hacer comprender á una persona ignorante qué es lo que de ella se espera, y una vez convencida, falta lo mejor; es decir que sirva para el caso, siendo algo más que un cuerpo inerte y rígido sin más expresión que la del fastidio ó la imbecilidad.

Todo esto parece sencillísimo y sin embargo en la práctica está erizado de dificultades. Un distinguido pintor de historia, honra de la escuela valenciana, se encontraba, no ha mucho tiempo, enfrascado en la ejecución de un gran cuadro de género religioso y necesitaba un tipo característico de mendigo para una de las figuras del primer término de la composición. Cierta tarde después de recordar los lugares frecuentados por los pordioseros más notables de la ciudad del Turia, que por cierto no carece de ellos, se encaminó en su busca seguro de que la perspectiva de un buen jornal, ganado descansadamente, le permitiría escoger como entre peras. En las inmediaciones de una iglesia de las afueras tropezó con un grupo de desvalidos, ocupados en tomar el sol pintorescamente agrupados, y que tanto por los harapos que les cubrían como por sus típicas fisonomías hubieran causado las delicias de un Callot ó de un Ribera. No sin cierto temor dirigióse á un anciano de luenga y encrespada barba que con triste y lastimero acento imploraba la caridad de los transeuntes, y empleando las frases más apropiadas para que entendiera el caso le expuso sus pretensiones. Comenzó el viejo marrullero por manifestar su extrañeza de que hubiera en el mundo quien quisiera *hacer su retrato*; objetó luego que estaba muy delicado de salud para tan pesada tarea, que parecía una burla, y por último, estrechado por los argumentos y seguridades que le dió el artista, declaró con el mayor cinismo, que no le convenía el negocio, pues él ganaba mucho más pidiendo limosna, y se exponía, si abandonaba el sitio, á perder los parroquianos que diariamente le socorrían. Análogas respuestas recibió el pintor de otros camaradas del viejo venerable, pues todos preferían la explotación de su desgracia á las más seductoras proposiciones. Desconcertado é indignado al propio tiempo, tentó nuestro amigo el último esfuerzo cerca de un inválido, á quien sin duda no producía tanto el oficio, ó á quien sedujo la novedad de la empresa, y después de regatear el tanto por hora que excedió bastante á lo que gana un buen artesano, quedó convenido el sitio en que debía presentarse. En efecto al siguiente día el mendigo con un gran crucifijo de bronce colgado del cuello, cubierta la cabeza por un viejísimo sombrero y envuelto en destrozada capa que apenas ocultaba los harapos del traje, apareció en el estudio, apoyándose en un robusto garrote. El asombro del miserable ante el gran lienzo á medio pintar que ocupaba el fondo de la estancia y ante la extraña decoración de cuadros, tapices, telas, maniquís y cachivaches de todo género, no tuvo límite; su vista sobre todo, no se apartaba de una gran panoplia de armas filipinas de extrañas formas colocadas en torno de un casco de madera, de una isla de la Polinesia, horrible remedo de una cabeza humana adornada de plumas. El presunto modelo sin abandonar el garrote, ni aceptar el escabel que se le ofrecía, volvía la cabeza con recelo hacia todos los ángulos del estudio y sólo con monosílabos contestaba á las frases que se le dirigían. En tanto el artista, terminados los preparativos propios del caso, acercóse hacia el pordiosero llevando en una mano el cuchillo con que había limpiado la paleta, indicándole subiera á la plataforma á fin de colocar la figura. Por toda contestación el interpelado lanzó una interjección nada culta y precipitándose hacia la puerta del estudio desapareció escalera abajo, con el mismo espanto y ligereza que si le persiguiera un toro de Veraguas, dejando asombrados y sorprendidos con aquella huida inexplicable al maestro y á los amigos que presenciábamos la escena.

Este y otros incidentes de índole análoga, que pudiera referir, indican las dificultades que lleva consigo el conquistar á ciertas gentes para que sirvan de modelos Pero en fin, suponiéndoles ya conformes en prestar el servicio que de ellos se solicita, ¿cuál es su actitud durante la sesión artística? Respecto á este punto he presenciado casos notables. La primera vez que asistí á una clase de dibujo del natural, el modelo, para mejor resistir la actitud impuesta por el catedrático, había hecho larga estancia en una taberna inmediata á la Academia y se hallaba en un estado deplorable, que sin embargo supo disimular en los primeros momentos que estuvo colocado sobre la plataforma. Pronto comenzó á hacer muecas á los alumnos,

bromeáronle éstos á media voz, contestó él en tono mayor, abandonando la postura para gesticular á sus anchas; acudió el profesor é increpó al beodo, que se puso á cantar armándose el tumulto que puede imaginar el lector de una clase de cerca de un centenar de muchachos y concluyó la funcion con la ayuda de los porteros que haciendo vestir al adorador de Baco le arrojaron á empellones del local.

En otra ocasión algunos de los artistas, que concurrían á la clase de Acuarelas que sostiene el Ateneo de Valencia, se concertaron con dos gitanas, de típicas facciones y pintorescos trajes que recorrían las calles de la ciudad diciendo la buenaventura, para formar un grupo de estudio en las sesiones nocturnas. *La Aurora* y *la Chata* – que así se llamaban las individuas – acudieron al Ateneo puntuales y solícitas, pero no solas sino acompañadas de toda su numerosa parentela, sin olvidar varios chiquillos y dos escuálidos canes. Aquella noche fué imposible hacer entrar en cintura á la tribu gitanesca que creía haber sido contratada para una *juerga* flamenca; así mientras un viejo socarrón rasgaba la guitarra, un mocito *se arrancó* por el *cante hondo* y las muchachas comenzaron á bailar unas *peteneras* con acompañamiento de *jipíos* y tal pataleo que no había más que pedir. No hubo otro medio de sosegar el tumulto que satisfacer el precio convenido á la alegre tropa, y enviarla con la música á otra parte.



LA FUENTE DE LA TORRE EIFFEL

En cuanto á lo que en términos técnicos se llama *sentir la figura*, ó sea la expresión de determinada actitud ó afecto, son escasísimos los modelos, que comprenden la idea del artista y menos los que saben traducirla. Verdad es que por una módica retribución no cabe exigir el talento mímico de Romea ó Vico; pero de esto á la fisonomía estúpida ó indiferente de los sujetos en cuestión al menos en su mayoría, al desaliño con que se colocan los trajes y á lo rígido y absurdo de la postura, hay una gran distancia. En este punto nadie como un viejo conocido en los estudios por «Don José» que tenía la facilidad más pasmosa para dormirse en cualquier actitud que se colocara, sin alterarla en lo más mínimo. Alguna vez el pintor ó escultor que utilizaba sus servicios, le interpelaba sobre su somnolencia y D. José respondía indefectiblemente: «No duermo, no señor, medito; porque ¿qué diablos he de hacer sino meditar?» A otros les da por cansarse cada cinco minutos y variar la postura, creyendo que el artista no se apercibe y que la cosa no tiene importancia, porque, como decía cierta muchacha que no podía estarse quieta ni un momento: «Ya que me ha copiado V. por un lado, me copia por el otro, y así saldrá la figura completa.»

Los modelos más complacientes y serviciales se encuentran generalmente entre los amigos que frecuentan el estudio del artista. A algunos de estos aficionados al arte, que casi siempre son verdaderos entusiastas, les encanta ver reproducidas sus facciones en una obra que ha de ser expuesta al público, y así no es raro sorprender á una persona respetable por su edad ó posición social, vestida de mosquetero ó de santón moruno, sirviendo concienzudamente de modelo al maestro que ha de inmortalizarle á cambio de algunos ratos de paciencia.

En materia de desazones, hasta los muertos suelen ocasionarlas al artista que los tomó por modelos, y en prueba de ello citaré un ejemplo. Con motivo de la Exposición nacional de Pinturas de 1884 ocupábase el conocido pintor Joaquín Sorolla en la ejecución de un cuadro representando la *Defensa del Parque de Madrid;* lienzo notable, que obtuvo merecido premio por las excepcionales facultades que revelaba en el autor que á la sazón contaba poco más de veinte años. Deseaba Sorolla para caracterizar á una de las figuras de su composición, hacer el estudio de algún sujeto muerto violentamente, y habiendo sabido cierta tarde que en el depósito judicial de cadáveres se hallaba el de un célebre valentón, asesinado en una riña tabernaria, acudió allá con su caja y con pasmosa facilidad reprodujo escrupulosamente la cabeza del difunto desfigurada por tremenda herida y medio cubierta de sangre y fango. El estudio aunque repugnante por su horrible realismo resultó una obra notable por el vigor de la ejecución y la franqueza del toque. Mientras duró su pintura el artista se vió rodeado de unos cuantos sujetos de rostro patibulario, que á porfía encomiaban la valentía del asesinado y sus gloriosas hazañas dignas de ser referidas por los romanceros populares. Terminada la tarea, aquellos individuos acompañaron al joven hasta su casa con no poco disgusto de aquél, disgusto que se acentuó al ver que tras él subían al estudio, en donde apoyándose en la amistad ó parentesco que les unían con el fúnebre modelo, concluyeron por decir que deseaban adquirir el retrato costara lo que costara. Pudo el artista que no estaba descontento de su obra excusar por el pronto la pretensión, pero desde el día siguiente comenzó su casa á ser el punto de cita, no sólo de los matachines que le habían escoltado, sino de todos los parientes, amigos y admiradores del héroe, que después de ensalzar el retrato en cuestión, concluían por su donativo, llegando á ser tales las exigencias y las molestias que ocasionaron al autor, que éste para librarse de tales visitas, hubo de regalar la tabla original á la familia del difunto.

Para terminar este artículo con una historieta, según acostumbran algunos escritores, referiré una anécdota, de la que puede decirse aquello de que *si non é vero é ben trovato.* Cuéntase, con referencia á Fortuny, que durante su estancia en Granada, necesitó un gitano que le sirviera de modelo, y al efecto entró en tratos con un viejo conocido por el Tío Caliche. Encarecíale el gran pintor la necesidad de ser formal y de no dejar de ir al estudio hasta terminar la figura.—«Pierda su mercé cuidado, contestó el gitano. En mi familia somos todos muy formales. Un cuñado mío tenía que matar á su suegra y lo fué deteniendo más de quince días, porque estaba sirviendo de modelo á un inglés, y no quiso que por su culpa quedase el cuadro sin concluir; con que no digo más.»

Todo esto no quiere decir, que aunque muy escasos no existan en determinadas localidades algunos modelos inteligentes, que ya por la esbeltez y corrección de las formas, ya por lo característico de su fisonomía, ya por su vigor para resistir las posturas más difíciles, no sean dignos de servir de tipos de la clase y de punto de comparación con los más afamados del extranjero; pero en cuanto á la mayoría, estoy seguro de que todos los que por su profesión necesitan de sus servicios reconocerán la verdad de cuanto dejo expuesto.

A. DANVILA JALDERO.

LA CIENCIA EN EL TEATRO

LA MOSCA DE ORO

En el teatro del Chatelet de París se ha reproducido con ocasión de la representación del baile *El príncipe sol* el espectáculo de la *Mosca de oro* consistente en elevar por los aires á una bailarina por medio de un alambre invisible para el público. Este ejercicio, sencillísimo en teoría, exige en la práctica una porción de requisitos para que los movimientos de la que ha de volar no resulten bruscos y faltos de toda gracia. Para ello se emplea un aparato colocado en lo alto del escenario sobre la parte central de éste en lo que se denomina telar y compuesto de una cábria (figura 2), de dos poleas T y P de distintos diámetros soldadas á un eje en forma de tornillo de ancha espiral: una pieza E guiada por espigas H forma tuerca con el eje y está unida á los extremos de la cábria por fuertes cautchús GG cuyo número varía á voluntad, aunque generalmente no pasa de quince á veinte. Nuestro grabado sólo reproduce (para evitar la confusión) dos cautchús tirantes, uno á cada lado de la tuerca, y dos sueltos que penden en el extremo de la cábria.

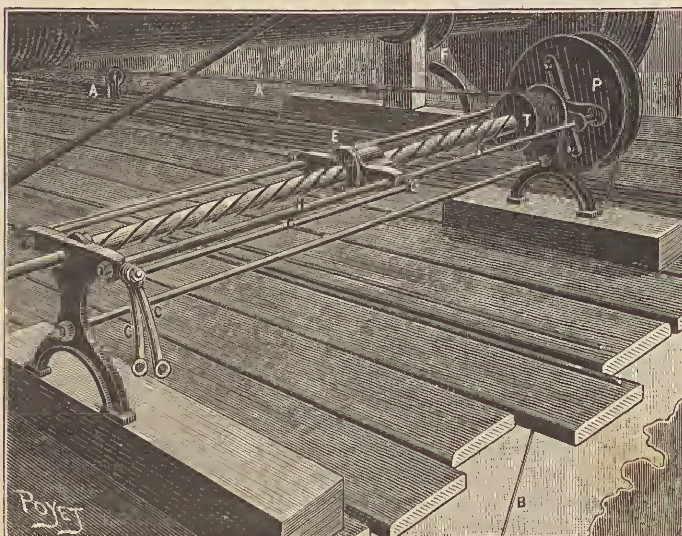


Fig. 2. – Mecanismo de la *Mosca de oro* en el teatro del Chatelet, en París.

He aquí ahora la manera cómo el aparato funciona: en la pequeña polea T se arrolla un cable AA que atravesando el telar va á parar á una galería situada un poco hacia abajo (figura 1); en la polea grande se arrolla un alambre de acero B que desciende hasta la escena y sirve para enganchar á la *Mosca de oro:* su pequeño diámetro (1 milímetro) y su color negro hacen que no sea visible para el espectador. Cuando este alambre está completamente



Fig. 1. – Ascensión de una bailarina, la *Mosca de oro*, por medio de un alambre.

desarrollado, el cable A está, por el contrario, arrollado: gracias á la diferencia de diámetros de las poleas T y P se obtiene una gran longitud del alambre B con sólo un pequeño desarrollo del cable A: éste termina en un trapecio que un maquinista hace descender en los momentos necesarios hasta el suelo ó ascender levantando los brazos y subiendo dos ó tres peldaños de una escalera. Mientras el maquinista ejecuta estos movimientos la tuerca E se enrosca ó desenrosca en el eje tirando ó aflojando los cautchús que hacen las veces de amortiguadores y que comunican á la *Mosca* movimientos suaves, ligeros y elegantes, dirigidos por una persona situada junto á la cábria que gobierna el freno F y sigue desde allí las evoluciones de la bailarina.

Para el salto rápido vertical se emplea otro aparato igual al anterior pero sin la polea T y sin el cable A: por medio de un engranaje especial se da vueltas á la polea P de manera que se desarrolle el alambre B en toda su longitud y se enrosque al propio tiempo la tuerca E que arrastra consigo y estira treinta grandes cautchús, hecho lo cual se frena la polea por medio de una fuerte pieza de hierro. Para lograr esa tirantez de los cautchús se necesita un cuarto de hora de trabajo. Ya se comprenderá que al quitar el freno á la polea los cautchús hacen gran fuerza y obligan á la tuerca á hacer girar la polea con gran rapidez y entonces el salto vertical que da la *Mosca de oro* apenas dura uno ó dos segundos.

(De *La Nature*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN